



EPOCA 4.^a — AÑO X. — TOMO VIII

NÚMERO 18. — Madrid 25 de Junio de 1885

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas.—*Crónica universal*, por X.—*Carta de Roma*, por J. M.—*Los grabados*.—*Primera comunión de niños huérfanos en el Asilo*, por Felipe García Conde.—*Bendición de la nueva iglesia de San Fernando en los Cuatro Caminos*.—*Aurora*.—*La oración por todos*, por Andrés Bello.—*Un manuscrito inédito del P. Ribadeneira* (continuación).—*Poetas y todos*.—*Conocimientos útiles*.—*Miscelánea*.—*Advertencia*.

GRABADOS.—*Rdmo. P. Fr. Bernardo de Andermatt, superior General de los capuchinos*.—*Bendición de la nueva iglesia de San Fernando*.—*Vista interior de la nueva iglesia de San Fernando*.—*Estado actual de las excavaciones de Louxor*.

LA DECENA

Se acabaron las recepciones, que en mal hora establecí en mi domicilio. La intención fué buena, como inspirada en el noble deseo de hacerme más agradable (mejor dicho, menos desagradable) á mis lectores; pero el éxito no ha correspondido á mis esperanzas.

Ya se ve, está uno desde hace sesenta años leyendo en los libros, oyendo en las Cámaras, escuchando en las Academias, aprendiendo en las Cátedras y viendo escrito hasta en las paredes, á guisa de *Mane, Thesel, Phares*, el consabido apotegma de *la discusión nace la luz*, que creí de buena fe poder hacer luminarias en las oscuras bóvedas de mi cerebro para alumbrar y dirigir las ideas propias, aprovechándome de la ajenas.

De aquí la ocurrencia (que clasifico entre las más desgraciadas) de reunir cada diez días en mi despacho á cuantas personas quisieran honrarme con su asistencia é ilustrarme con sus consejos, para conversar amigablemente, cambiar impresiones, dilucidar puntos oscuros y comentar hechos; todo lo cual me proporcionaría materiales nuevos para mis revistas.

El ensayo, como han visto los lectores, no ha podido ser más deplorable ni más ridículo. Me confieso derrotado y arrepentido; hago propósito de la enmienda y hasta de cumplir la penitencia que ustedes me impongan, si no fuere bastante la que previamente me ha impuesto el director, más ó menos espiritual, de LA ILUSTRACION CATOLICA.

Yo bien sé (porque conozco las triquiñuelas del oficio) que podría, si quisiera, dar gran novedad á esta revista; pero no quiero abusar de mi secreto, que va á ser el secreto á voces, puesto que me propongo revelarlo,

sin retribución de ninguna especie, para que le utilice algún autor de revistas cómico-político-sociales, de las que se han dado tantos casos sospechosos en la última temporada.

El secreto, el *truc*, como dicen los prestidigitadores, para dar carácter de *alta novedad* á este artículo, consistiría en llenar dos ó tres columnas con la enumeración de los acontecimientos de la década; hablar de paseos, de espectáculos, de verbenas, de modas, del calor, de la lluvia, de Bismarck, de Frascuelo, de inundaciones, de incendios, de bodas, de otras calamidades que afligen á los hombres, y terminar con algún chascarrillo insulso, traducido del *Figaro*, y no hacer siquiera mención del *cólera morbo asiático*.

Esto sería verdaderamente una novedad en una época en que no se habla, se escribe, se discute, se murmura, se come, se bebe y se respira más que... *eso*.

Pero repito que no me propongo singularizarme entre mis compatriotas con una preterición que sería inoportuna. Es más: el revistero que formara el proyecto de hacer caso omiso de los *casos sospechosos*, se vería apurado, aunque le sobrara tanto ingenio

como á mí me falta, para desempeñar su tarea con algún lucimiento.

Y digo esto, porque ayer quise hacer una prueba y tuve que renunciar á ella.

Empecé mi revista por la verbena de San Antonio...

Debo decir, entre paréntesis, que, como viejo recalcitrante y un si es no es reaccionario (quédese esto entre nosotros); soy algo apegado á las costumbres tradicionales, siquiera sus corrientes se separen algún tanto del álveo en que la moderna civilización pretende encauzar las expansiones populares. No se entienda por ello que soy refractario á la época presente, pero digo con el poeta:

... *che lo splendor divino
Orni, e non toglia, la nolitia antica.*

Pues bien; estuve en la romería nocturna de la Florida, apoyado en el brazo de mi criado Roque. Dí un paseo por entre los puestos de rosquillas del santo; santitos de tierra confeccionados como rosquillas; buñuelos desinfectantes; agua con azúcar; aguardiente con agua; licores finos hechos con agua, aguardiente y azúcar; rosas vendidas por muchachas; muchachas como una rosa (perdón por esta reminiscencia demis tiempos juveniles).

Oí músicas que parecían carcajadas; duos que hubieran podido ponerse en música, silbatos que he echado de menos en algunas verbenas literarias; campanillas de un timbre más agradable que las que usan á diario algunos señores de campanillas; cantares cuya sencilla poesía haría avergonzar á algunos poetas líricos. Vi mucha gente, mucha alegría, mucha animación...

«Algo he de aprovechar — me decía yo — de estas impresiones para mi próxima revista.»

Y echando mano de la indiscreción que el que más y el que menos llevamos siempre en el bolsillo, me dediqué á escuchar conversaciones, coger frases al vuelo, sorprender confidencias amorosas y oír agudezas con que muchas veces salpican su oratoria las mozas de Lavapiés y los chulos de las Vistillas... ¡Qué amarga decepción! En todos los corrillos, por todos los alrededores, de todas las bocas, á todos los sexos, edades y jerarquías no oí otro tema de conversación que *el cólera*...

«Ea, vámonos, Roque — dije á mi adlátere; — esto no me sirve para la revista.»

Pues, supongamos ahora que quisiera hablar del escandaloso alboroto ocurrido días pasados en el parador de Santa Casilda, donde una turba numerosísima de mujeres y de chiquillos se opuso al cumplimiento de un man-



REVERENDÍSIMO PADRE FRAY BERNARDO DE ANDERMATT.
Superior General de los Capuchinos.

dato de la autoridad, lanzando insultos, gritos, amenazas y alguna que otra protesta menos ruidosa, pero más contundente que las voces, contra los agentes encargados de ejecutar las órdenes superiores, y obligándoles á echar mano del ingenioso procedimiento de la fuga.

El hecho se prestaría á picantes comentarios y á detalles pintorescos. Hasta podría darme ocasión para descalzarme, bien fuese para ir peregrinando al templo de la Civilización, bien para sustituir las procaicas botinas por el épico coturno y, empuñando la lira, entonar unas ditirámicas peteneras en loor de las conquistas de la edad moderna y de los adelantos de la educación del pueblo, antes sumido en el pozo hediondo de la ignorancia y empapado en el cieno de las preocupaciones y de los fanatismos de todo género, hoy paseando los floridos cármes de la ilustración y las anchas sendas de la cultura, gracias á los filósofos y estadistas que, con el gancho de la enseñanza, han logrado sacarle de la sima de la abyección. ¡Oh insignes emancipadores de las clases desheredadas! Podéis dar por bien empleados vuestros desvelos en beneficio de la ilustración del pueblo, al ver cómo éste se rebela contra los desinfectantes y desinfectadores, con el mismo ó mayor entusiasmo que si se tratase de los enemigos de la patria...

Es claro que, ó no podría dar cuenta de estos desahoguillos populares, que se han repetido en la plaza de San Ildefonso, y en la calle de San Cayetano y en la de Segovia y no sé si en otros puntos, ó hubiera tenido necesariamente que quebrantar mi propósito de no hablar del cólera morbo asiático.

Nada, que no es posible escribir en estos momentos sobre asunto alguno que no esté directa ó indirectamente ligado con... *aquello*.

En los teatros, circos y demás espectáculos no se oye, lo mismo durante la representación que en los intermedios, hablar de otra cosa. No se entra en una casa, no se encuentra á un amigo, sin que se escuche la consabida pregunta: «¿qué hay de cólera?»

La verdad es que, en fuerza de no hablar, escribir, pensar ni leer, desde hace veinte días, más que de *lo mismo*, nos hemos familiarizado con el huésped y hasta creo que le vamos perdiendo el miedo. Por lo menos es consolador el oír, después de una animada controversia sobre si la enfermedad está ó no perfectamente caracterizada como cólera morbo, y si hay ó no casos bien definidos de la misma en Madrid, la frase sacramental: «¡sea lo que Dios quiera!» que es, para todo buen cristiano, el mejor específico contra todas las afecciones físicas ó morales.

La declaración oficial de la existencia del cólera en Madrid (que no me propongo discutir ni censurar) ha impresionado algún tanto en los primeros días y sido objeto de interpelaciones en las Cámaras y de violentas protestas en los periódicos y de trascendentales acuerdos en el Círculo de la Unión Mercantil. Este mismo calor con que se combate aquella medida, alegando la autoridad de respetables médicos que niegan en absoluto la presencia de la enfermedad epidémica en la capital, debe ser un motivo de tranquilidad para las personas meticolosas, porque demuestra, cuando menos, que, si realmente han existido algunos casos calificados de cólera morbo, que han impuesto al Gobierno el deber de hacerlos públicos, esos casos no se han extendido, ni han formado focos de infección, ni llegado á producir verdadera alarma.

Hay un dato, no menos oficial que el de la declaración de la *Gaceta*, para acabar de tranquilizar á las personas más accesibles á las impresiones del miedo prematuro, cual es la estadística municipal, cuya exactitud no puede ponerse en duda, de los fallecimientos ocurridos diariamente en esta Corte y cuya cifra no excede de cincuenta y tantos. En una población de más de 400.000 almas no puede pedirse un estado sanitario más satisfactorio.

Tal vez esta misma confianza es la que produce en la imaginación, siempre exaltada, del vulgo ideas calenturientas y preocupaciones absurdas, que se traducen en actos censurables contra las prudentes medidas sanitarias adoptadas por las autoridades.

Puede ponerse en duda, puede hasta negarse en absoluto la existencia de la enfermedad asiática en la capital; pero ni los más optimistas se atreverán á afirmar que lo que hoy es una duda no puede ser

un hecho mañana, para lo cual debe servirnos de saludable enseñanza la situación de nuestros hermanos de Murcia y de Valencia. Bajo este punto de vista, todo lo que se haga en beneficio de la higiene pública y privada, por extremado que aparezca, merecerá la aprobación de la gente sensata y el aplauso del vecindario.

Las fábulas groseras que se han inventado y los temores ridículos de que se han hecho eco algunas personas que viven en el limbo de la ignorancia respecto á las disposiciones del alcalde de Madrid, en lo relativo á las aguas de las fuentes públicas, asunto de interés capitalísimo en épocas de enfermedades infecciosas, son una prueba de que hay un cólera morbo de las inteligencias, no menos calamitoso que el cólera del Ganges, y contra el cual no existen preservativos, ni específicos, ni electuarios en la farmacopea de los filósofos y de los estadistas.

Tengo que cerrar esta revista, verdaderamente *fiébre*, antes de amanecer el día 20. Por lo tanto, nada puedo decir del efecto que habrá causado el acuerdo del Comercio de cerrar sus establecimientos como una manifestación de protesta contra la declaración oficial del cólera en Madrid. Parece que de este acuerdo se exceptúan las boticas, que permanecerán abiertas.

Yo aprecio mucho á la benemérita clase farmacéutica, pero, dejando á salvo sus intereses, digo que me alegraría en el alma de que mañana y los 364 días restantes del año estuviesen cerradas las boticas, por haberse declarado en huelga los enfermos, dejando tan sólo un ventanillo abierto para despachar las pastillas de magnesia, que me sientan perfectamente, sobre todo cuando tengo que escribir las revistas después de comer, como me ha sucedido con la presente.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



ARECE increíble, y sin embargo nada más patente que la actividad incansable del anciano Pontífice León XIII.

Al mismo tiempo que gobierna la Cristiandad, promueve innumerables obras científicas y artísticas, y como si el tiempo le viniera holgado, se ocupa en coleccionar sus poesías para dar ejemplo vivo de cómo se ha de proteger la cultura, no sólo con palabras, sino con obras.

Ya se ha puesto á la venta el tomo de estas admirables poesías, clásicas en el mejor sentido de la palabra, casi todas latinas, que recuerdan las mejores de los antiguos poetas del Lacio por la corrección, y las mejores de los poetas cristianos por el espíritu. El producto de la venta lo ha destinado el Papa al sostenimiento de un Asilo de niños fundado en Udina, á cuyo frente se halla el canónigo señor Negro.

A fines de mes se celebrará el anunciado consistorio, que tendrá importancia por las declaraciones de Su Santidad acerca de sus relaciones con los países orientales; pues la Propaganda continúa recibiendo noticias de las buenas disposiciones de que están animados los griegos cismáticos de Turquía, los cuales, como perseveren en sus buenos propósitos, nada tendría de extraño que el mejor día dieran un gran regocijo á la Iglesia volviendo al centro de unidad con el reconocimiento de la autoridad del Romano Pontífice.

Y á propósito de la Propaganda, según el *Moniteur de Rome*, el museo Borgia; establecido en el palacio en que se halla esta Congregación, se ha enriquecido últimamente con una cantidad de monedas griegas y romanas, así como con una colección ornitológica de Australia. De nueva Zelandia se han recibido armas usadas por los naturales de esta isla, y gracias á estos generosos donativos llegará el museo Borgia á ser uno de los más interesantes y completos que existen en el mundo.

Cerraremos estas interesantes noticias de Roma, que sabrá ampliar con su ilustración y su talento nuestro docto corresponsal, añadiendo que la beatificación del venerable Hofbaner, general de los redentoristas, y las de otros venerables, coincidirán con la celebración del jubileo sacerdotal de León XIII, que ha de verificarse de aquí á dos años.

Tristes, muy tristes son los tiempos que alcanzamos; pero hay que convenir en que no faltan consuelos para la Iglesia de Dios.

Describiendo una procesión del *Corpus Christi*,

dice una carta: «A las nueve de la mañana, e. reverendísimo Sr. Rotelli, delegado apostólico, celebró la misa rezada. A las nueve y media comenzó el desfile, saliendo la procesión por la gran puerta de la catedral que da á la calle Mayor, bajó por la calle Djébel, recorrió la de Djedidié, subió por la de Adjadié y entró en la iglesia por la Mayor. En la calle de Djedidié habían levantado un magnífico altar de descanso.

» Todas las congregaciones religiosas de C. tomaron parte en la procesión, así como el clero secular.

» Las calles estaban empavesadas y colgadas, aunque algunas no pertenecían á católicos. Las calles y la iglesia del Espíritu Santo estaban llenas de gente; había más de 12.000 almas.»

¿Dónde dirán nuestros lectores que se ha verificado esta hermosa manifestación de fe católica?

¡Admírense! en Constantinopla, en la capital del gran turco, en la ciudad de la media luna, que ha sido por tantos siglos terror de los pueblos cristianos.

Después de esa descripción, nada puede sorprendernos la de la procesión verificada en Viena. Sin embargo, para ejemplo de cómo se festeja en esta gran capital al Santísimo Sacramento de nuestros altares, vamos á consignar aquí el orden de la procesión en la capital de Austria:

«En la procesión iban los cantores delante, luego las órdenes religiosas y después el clero parroquial con las banderas de las corporaciones caritativas ó religiosas de cada parroquia.

» Los grandes oficiales del Estado, los ministros extranjeros católicos, los ministros de la Monarquía y del Estado austriaco, iban detrás del clero á pie y con uniforme. El conde Kalnock y el ministro de la Guerra, que iban juntos, llevaban dos grandes cirios. El Emperador, que seguía al palio, bajo el cual llevaba al Santísimo el Cardenal Arzobispo de Viena, llevaba también un cirio y una corona de flores. Detrás de Su Majestad iban el Príncipe imperial, los Archiduques y toda la corte.»

El suceso más importante en la última decena, digno de historiarse, es el cambio de Gobierno en Inglaterra. La retirada de Gladstone se atribuye á esta razón, que corre en los círculos diplomáticos: Dícese que lord Roschery fué enviado á Berlín para ver si lograba reconciliar al Gabinete con Bismarck. Al mismo tiempo Chamberlain iba á París con objeto de saber el precio que pondría Francia á su alianza, advirtiéndole á Freycinet que, de no arreglarse, tendría luego que entenderse con lord Salisbury. Lord Roschery supo en Berlín que era imposible toda reconciliación con Gladstone, mientras en París decían á Chamberlain que fuera de una igualdad completa en Egipto no había condiciones aceptables. Entonces Gladstone tomó la resolución de retirarse en la primera ocasión que se le presentara.

Los franceses esperan entenderse con lord Salisbury, cuyas simpatías por Francia son conocidas. Como que posee una hermosa quinta en Dieppe, donde suele pasar largas temporadas. Hace algunos años, durante un invierno muy crudo que hizo muchas víctimas, repartió 1.200 francos á los pobres de Dieppe, siendo de notar que no lo hizo por medio de la beneficencia republicana, sino por medio de las Conferencias de San Vicente de Paul. En un protestante es significativo el hecho.

Quiera Dios — que esto es lo único que á nosotros nos importa — que el nuevo Gobierno inglés no ponga obstáculos á los progresos del catolicismo en Inglaterra, y resuelva satisfactoriamente la gravísima cuestión de Irlanda.

Una gran pérdida para la etnografía hay que lamentar con el incendio ocurrido el día 12 del corriente en el museo de Londres llamado South Kensington.

El fuego comenzó á la derecha de la entrada principal, y con tal rapidez se extendió, que, á pesar de la prontitud de los socorros, todo el museo de la India fué destruido.

También se comunicó á la exposición de invenciones, instalada en otra parte del mismo edificio, pero se llegó á tiempo de salvar casi todos los objetos de mayor valía.

A pesar de su previsión y de sus adelantos, también los ingleses tienen sus descuidos. No decimos esto en vindicación de la honra propia, sino para demostrar que la previsión del hombre no alcanza á remediar todas las desgracias.

El protestantismo está aniquilado, y no tiene otra vida que la precaria que le otorgan los Gobiernos de los países en que todavía impera.

Decimos esto ahora, porque en un reciente sínodo celebrado en Alemania, un pastor ha declarado que la Iglesia protestante «no puede exigir la suspensión del trabajo del domingo.» Cuando una religión cristiana no conserva ni puede conservar los mandamientos de la ley de Dios, bien puede desaparecer sin que la echen de menos ni aun aquellos que, por diversas causas, simpatizaron más ó menos con ella.

En cambio, el catolicismo en estos países va ganando terreno en la masa del pueblo. En Dartmund (Alemania), se ha celebrado estos días la reunión de los federados de asociaciones católicas de Alemania. Quince mil obreros católicos había, y Bachem, ante concurrencia tan imponente, ha pronunciado un elocuentísimo discurso, recibido con gran entusiasmo y lleno del gran espíritu social del catolicismo. Es consolador ver el desarrollo que en Bélgica, en Alemania y en Francia toman los círculos católicos protectores de la clase obrera. ¡Dios quiera que los asombrosos escritos del gran Obispo de Maguncia, Ketteler, se abran paso entre las ilustraciones católicas y se acrecienten corporaciones tan benéficas para el mundo social!

Francia acaba de perder á uno de sus más insignes marinos, al almirante Courbet, digno en todos conceptos del respeto de sus conciudadanos. Elogiando su memoria, dice un diario católico de París: «Ahora que no existe es permitido revelar que la correspondencia privada del almirante, aunque muy reservada por lo tocante á los asuntos del servicio, expresaba con sobria elocuencia todo lo que sufría, sobre todo considerando el porvenir de su patria.

» Por eso su alma cristiana ponía su esperanza en Dios.

» Recuérdese la ofrenda que, en nombre de sus tropas y en el suyo propio, mandó hace tiempo al Sagrado Corazón. Tenía también grandísima devoción á la Santísima Virgen, la Estrella del mar, tan amada de los marinos.

» Para Francia era una esperanza el noble soldado. Dios no ha querido conservárnosla. Es preciso, como decía Bossuet, que la obra de salvación, si debemos ser salvos algún día, aparezca como obra exclusiva de su omnipotente mano.»

Como compensación de las impiedades que todos los días oímos referir que se cometen en Francia, merecen consignarse aquí los actos de fe.

Importantísimo y consolador ha sido el verificado el día del Corazón de Jesús en el célebre monasterio de Paray-le-Monial, donde Jesús abrió los tesoros de su Corazón á la dichosa Sor Margarita de Alacoque.

La peregrinación se componía en su mayor parte de las cuatro ramas de la familia franciscana.

Presidíala el Sr. Obispo de Moulins, monseñor de Dreux-Bresé, y estaba organizada por los célebres hermanos Lemann, sacerdotes católicos, convertidos años ha del judaísmo.

El romano Pontífice bendijo telegráficamente á la emisión de la Alianza católica y á los terciarios agrupados en torno del Corazón de Jesús.

Dirigieron la palabra á aquella inmensa multitud el P. Ephren, el Sr. Obispo y los señores Lemann, moviendo el fervor y el entusiasmo de los peregrinos por el Sagrado Corazón y excitándolos á todos á jurar fidelidad á Jesucristo y á la Iglesia, ya que en estos desdichados tiempos se da el escándalo de la apostasía en la prensa, en el libro, en el folleto, en todas partes, la cual, según dijo el P. Ephren, no retrocede ante nada, ni ante el robo de los cadáveres.

Excusado es decir que casi todos los peregrinos tomaron parte en la comunión general.

Lamentemos la ceguedad de los sectarios de Berna

En el Consejo de este Estado se ha discutido una proposición encaminada á que se enviase un delegado único á los archivos del Vaticano para hacer en ellos investigaciones concernientes á la historia de Suiza. Después de una discusión vivísima, la proposición ha sido rechazada. Cierto es que durante la discusión, muchos diputados han aprovechado la ocasión que se les presentaba para hacer el elogio del Papa y de la reorganización de los archivos del Vaticano. También lo es que estos diputados han insistido igualmente en la benevolencia de que León XIII ha dado pruebas á Suiza en el arreglo de las cuestiones confesionales y el restablecimiento de la paz religiosa. Pero no lo es menos, que los diputados impios han sostenido constantemente que «detestan la luz, si esta luz ha de venirles del Vaticano.»

Estos son los ciegos que tienen ojos y no quieren ver.

El alboroto producido por el conflicto anglo-ruso ha terminado por completo. El convenio relativo á la demarcación de la frontera afgana está ya terminado, pero la autorización para firmarlo que esperaba sir Eduardo Thornton se ha retrasado, sin duda á consecuencia de haber abandonado el poder M. Gladstone. Existen grandes dudas en los círculos diplomáticos acerca de si el nuevo Gabinete conservador ratificará las concesiones hechas por su predecesor.

Es de esperar que sí, para eludir la grave responsabilidad de la guerra.

La prensa de Rusia señala como uno de los terremotos más espantosos de la historia el que tuvo lugar el día 10 del corriente en la parte oriental del Cáucaso. La ciudad de Sikuck ha quedado sepultada en enormes grietas abiertas en el terreno. Las desgracias personales han sido numerosísimas.

¿Cómo no reconocer en presencia de estas catástrofes la misericordia de Dios con nosotros, que si para avisarnos nos aprieta, no nos ahoga para nuestro castigo?

Las disposiciones del concilio de Baltimore en los Estados-Unidos van cumpliéndose con fruto.

El Concilio había decidido que se adoptara un catecismo uniforme en toda la República, y esta útil reforma va á ser aplicada en seguida. El catecismo ha sido redactado por una comisión designada por los Padres del Concilio. Mons. Spaulding, Obispo de Sevrin, ha hecho el depósito legal para asegurar los derechos de autor y evitar falsificaciones.

El catecismo, corto y sencillo, está sacado del de Belarmino. En adelante, todas las diócesis recibirán idéntica enseñanza, lo cual da más completa idea de la gran unidad de la Iglesia católica.

x.

CARTA DE ROMA

Roma 18 de Junio de 1885.



ENGO apuntados los hechos ocurridos en lo que va de mes; pero al abrir mi cartera para ver de ordenarlos y comunicárselos á los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, el color pajizo de mis notas me advierte el descuido que he tenido en no enviar carta de Roma para el último número de la Revista; mucha gana tendría de apelar á extraordinarias ocupaciones para obtener la venia de mis queridos paisanos; pero, aunque seguro de ella, algo me detiene el temor de ir á comunicar noticias que, por ser ya conocidas, no despierten mucho interés. Dejo, pues, á un lado los papeles cuyo color pajizo acusa fechas atrasadas; ya no hablo del Congreso anticlerical, que ha resultado un verdadero fracaso; ni siquiera me ocupo en él para combatir el proyecto que, según dicen, tienen formado los masones de reunirse próximamente en Barcelona. ¡No permita Dios tal vergüenza para nuestra patria! Tampoco debo ocuparme en la celebración del centenario de San Gregorio VII, pues el discurso que Su Santidad dirigió el día 4 del actual á los representantes italianos de la Obra de los Congresos Católicos ha sido el hecho más importante después de lo escrito en mi última carta; pero no sólo su texto auténtico será ya conocido en España, sino también habrán llamado vuestra atención los comentarios que viene haciendo la prensa, particularmente extranjera, sobre la frase, por cierto muy significativa, que, tomándola de su santo predecesor, dijo el Pontífice actual: «La esposa de Jesucristo no debe ser esclava.» Sin embargo, respecto al mismo centenario de San Gregorio, hay noticias que, por anunciar lo que aun debe verificarse, no temo reciban la acogida que merecerían tal vez las demás notas de color pajizo. De esta clase es la solemne velada literaria y musical que en honor del mencionado Pontífice tendrá lugar mañana en el aula de Palestrina del palacio Doria Pamphili; con sólo decir que la preparan los socios del Comitato Romano, y que el discurso inaugural está á cargo del Emmo. Sr. Cardenal Parocchi, queda asegurado de antemano su brillante éxito. Por último, como digno remate de las fiestas motivadas por el referido centenario, Su Santidad tiene concedida para el día 30 otra audiencia á los representantes de los Congresos y Comités católicos, establecidos en varias provincias y regiones, anunciándose para esta ocasión otro importante discurso pontificio.

Acaban de celebrarse solemnísimos cultos en la iglesia del Gesù con motivo de la coronación de la

Virgen della Strada, verificada el domingo último: tratase de una imagen de mucha devoción para los romanos, y de no pocos recuerdos históricos, que desde la fundación de la Casa profesa de los jesuitas se ha venerado siempre en la iglesia contigua: en 1738 tuvo lugar la misma ceremonia que ahora; pero habiendo sido robada la preciosa corona que el papa Clemente XI puso entonces á la Virgen, el Cabildo Vaticano, á quien corresponde autorizar las solemnes coronaciones, inspirándose en los sentimientos de piedad para con la *Virgen della Strada* que animaron á muchos santos y varones esclarecidos, entre ellos á San Ignacio de Loyola y á San Francisco Javier, quiso devolver á la Virgen el honor que por manos sacrílegas se le había quitado; mucha parte tomaron los fieles de Roma en los cultos que precedieron y acompañaron el acto, y, como era de esperar, los liberales lo llevaron muy á mal, según se echa de ver en los virulentos artículos que publicaron en sus periódicos, no habiendo tenido reparo en salpicarlos, ya de injurias, ya de mentiras, para excitar los ánimos de sus adeptos contra los católicos, en la falsa suposición de que, principalmente por parte del orador sagrado, se haya dado giro y carácter político á la fiesta religiosa. ¡Lo de siempre! La verdad es que las manifestaciones de acendrada piedad irritan mucho á los que intentan infundir en el pueblo romano el virus del moderno indiferentismo: ahora mismo trabajan con el propósito de alejar de la administración de la cosa pública todo elemento religioso y conservador; el domingo 21, han de verificarse las elecciones parciales del Ayuntamiento de Roma, y como en el año anterior triunfaron los católicos, en el presente quiere tomar la revancha el partido liberal; al efecto, é imitando la coalición de España, logró formar una lista única de candidatos que parece será votada por todas las fracciones del partido liberal, á quien, por supuesto, no falta el apoyo del Gobierno; de aquí el temor de que los electores católicos queden en minoría y suban al *Campidoglio* hombres políticos más bien que sabios y prudentes administradores del bien público; el concepto que en Italia prevalece entre católicos, en materia de elecciones administrativas, es el de prescindir, por cuanto se pueda, de la cuestión política, fijándose principalmente en las dotes de rectitud y prudencia y en el interés que tengan los candidatos para alcanzar las mejorías morales y materiales que reclama el pueblo; inspirándose en tal concepto los católicos de Turín, Génova, Venecia, y aun los de Roma en el año anterior, nombraron concejales á sujetos caracterizados por su probidad y rectitud; pero ¡ay, qué turbio se presenta en el año actual el día de las elecciones!

No quiero ser demasiado pesimista, y por tanto, no insisto en adelantarme á los acontecimientos, antes bien, citaré gustoso lo que para algunos ha sido en estos días motivo de singular satisfacción. El ministro de Negocios extranjeros ha presentado al Parlamento italiano un proyecto de ley sobre «las exploraciones científicas y las misiones religiosas en Africa» y después de establecer que «las sociedades y cuerpos morales, reconocidos por el Gobierno, podrán enajenar cuando sea necesario una parte de sus bienes para emplear su importe en empresas científicas y comerciales, y en misiones religiosas en Africa», incluye expresamente entre estos cuerpos morales á la Congregación de Propaganda Fide; con esto parece haberse reconocido la enormidad del error con que se había obligado dicha santa Congregación á la *conversión* de su patrimonio inmueble; pues el referido artículo concede implícitamente á la Propaganda la facultad de desvincular la renta pública consolidada, en que fué convertido su patrimonio inmueble, lo que en determinados casos puede facilitar á Su Santidad la manera de atender á las más urgentes necesidades de las misiones católicas; pero aun prescindiendo de lo arbitraria, y por eso inestable, que sería tal disposición, claro es que dicho proyecto no llena del todo los deseos de los católicos, por no desistir de la obligación que se ha impuesto á la Propaganda de recabar la previa autorización del Gobierno italiano para recibir cualquier legado ó donativo; además la prensa liberal ya se ha revuelto furiosamente contra este proyecto, y en el mismo Senado se ha manifestado una fuerte corriente contraria; también se habla de crisis ministerial, siendo cabalmente el ministro de Negocios extranjeros quien parece destinado á salir del Gabinete; pues el presupuesto de su departamento ha sido votado con solos cuatro votos de mayoría. Dicen que el rey Humberto está preocupado en vista del uso que ha de hacer de su regia prerrogativa; no abrigo mucha confianza en el acierto que ha de tener y además... pero ¡ah! no tengo echado al olvido el programa de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que no quiere meterse en política. Voy, pues, á concluir con noticias artísticas.

Pasado mañana, en la iglesia del San Onofrio, tendrá lugar la inauguración del monumento al Cardenal Mezzofante; el distinguido escultor de Bolonia, Sr. Bonola, tiene preparado un bajo relieve de mucho mérito, en que se representa al insigne políglota en actitud de abrazar las cinco partes del mundo con sus conocimientos filológicos; aquel príncipe de la Iglesia llegó en efecto á imponerse á todo el universo. Se ha descubierto últimamente en la Vía Salaria otro monumento sepulcral, cuyo diámetro mide 37 metros; pertenece evidentemente á la época de Augusto; y parece haber sido levantado en honor de Lucillo Peto por su hermana Lucilla Polla; su arquitectura es bastante parecida á la del monumento de Cecilia Metello; pero su valor supera tanto el de ésta cuanto más vale el mármol del uno que el travertino del otro.

J. M.

LOS GRABADOS

RDMO. P. FR. BERNARDO DE ANDERMATT

Superior general de los Capuchinos.

En el renacimiento que ahora se observa en España de las antiguas órdenes religiosas, ocupan los Capuchinos un lugar muy importante. Frecuentemente vemos por las calles Padres Capuchinos que, con su sayal pardo, su cuerda á la cintura, la barba larga, los pies desnudos en la sandalia y la cabeza descubierta, van predicando con el ejemplo la santa virtud de la pobreza cristiana. Esta Orden fué instituida en Pisa por el año de 1525, y debe su origen á un fraile menor, á Fr. Mateo Braselis, varón de gran virtud y de una austeridad asombrosa. Les vino el nombre de Capuchinos del *capuchón* largo y puntiagudo que les cae sobre la espalda, y que rara vez se echan por la cabeza.

Esta rama fecunda del tronco de Asis se propagó con tal rapidez, que á los pocos años de su nacimiento contaba con más de 500 casas en Europa. Sometida la Orden á las vicisitudes de las demás religiosas, ha tenido días de desarrollo, de estacionamiento, de persecución y de renacimiento, pero nunca ha sido aniquilada. Hoy renace con nuevos bríos y ofrece nuevos y abundantes frutos de santidad y de salud para las almas.

Para dirigir este nuevo período de venerables conquistas, la Providencia le ha deparado un general joven, infatigable, lleno de celo por la Orden y de amor á la Iglesia, el Rdo. P. Andermatt, nacido en Suiza en 1837, el cual entró en la Orden á los dieciocho años, y lleva treinta de pruebas rigurosas y de trabajos fecundísimos.

El P. Andermatt es un religioso que parece haber asistido al origen de la Orden, según el celo que le anima. Conoce los tiempos en que vive, y procura, por cuantos medios están á su alcance, difundir la Orden conforme á las necesidades de los pueblos. La Orden de los Padres Capuchinos es una palanca poderosa para levantar las costumbres del siglo y llevar á las clases obreras, especialmente, el espíritu vivificador del Evangelio.

Conformándose con las necesidades presentes, los Padres Capuchinos se dedican hoy á las misiones, en cuya empresa logran frutos inestimables.

El generalato del P. Andermatt ha de ser célebre en los anales de la Orden.

LAS EXCAVACIONES DE LOUXOR

Dos periódicos extranjeros, francés el uno é inglés el otro, iniciaron hace un año el pensamiento de continuar, mediante una suscripción internacional, las excavaciones comenzadas hace muchos años en Louxor ó Lougisor, aldea del alto Egipto, situada sobre las ruinas de la famosa Tebas, á la derecha del Nilo, capital de los Faraones, donde radican los monumentos más célebres del arte egipcio.

Los trabajos emprendidos á costa de la suscripción hace algunos meses, han dado ya resultados interesantísimos. Tres años hace, el famoso templo de Louxor, hoy casi desenterrado, estaba oculto completamente bajo un montón de barracas y de otras construcciones informes. Una aldea de casuchos construidos con piedra seca y cubiertos de ramaje, se guarecía bajo los fustes de las columnas, se apoyaba en las murallas y ocultaba bajo escombros el plano de tan grandioso monumento. Elevábase allí un pequeño cuartel de gendarmería, diferentes casas bastante considerables, que servían de habitación á los cónsules de Inglaterra y Rusia, una cárcel, una casa de correos, una mezquita; todo construido con fragmentos del antiguo templo, cuyas enormes piedras servían de cantera á cualquiera que quería utilizarlas en edificar. Se cuenta que un europeo, buscando un lugar á propósito para edificar un hotel, había calculado que, demoliendo una veintena de columnas, podría sacar materiales suficientes para levantar una casa de dos pisos.

Gracias á la intervención y á los inteligentes trabajos de M. Maspéro, encargado de la reconstrucción, las ruinas del templo de Louxor se han salvado y pueden hoy rivalizar en interés arqueológico con los más célebres monumentos de Egipto.

La primera idea de levantar aquellos escombros, según refiere Maspéro, data de Abril de 1881. La empresa era difícil porque exigía la demolición de casi toda la aldea edificada sobre las ruinas.

El Gobierno egipcio decretó la expropiación, y esto facilitó los trabajos. El precio medio de las casas derribadas no pasó de 8 á 10 pesetas, lo que no da idea muy ventajosa de la manera de construir sus habitaciones los descendientes de los Faraones.

El templo de Louxor estaba edificado en un terraplén sobre la orilla del Nilo, y la fachada occidental tocaba directamente en el agua como algunos palacios de Venecia. La muralla inferior, que desempeñaba el oficio de muelle ó malecón, estaba construida con gruesas piedras talladas y llevaba el nombre de *Amenoplús*.

Más tarde, en la época romana, las arenas y el cieno se estaban aglomerando sobre los muros, y fué preciso construir delante del templo el malecón gigantesco cuyos restos protegen todavía á Louxor contra las invasiones del Nilo.

A la hora presente las enormes columnas no están desenterradas sino en un tercio próximamente de su altura; pero se espera que en el otoño inmediato se halle descubierto una parte del primitivo pavimento.

En la parte N. de las ruinas, las excavaciones van más despacio; sin embargo se ha descubierto ya un pequeño pórtico del templo de Ramsés II, así como muchas columnas colosales de granito rosa, caídas unas y otras derechas en su lugar. De aquí á algunos meses, gracias al infatigable celo de M. Maspéro, el templo de Louxor, enterrado durante tantos siglos, se verá libre de escombros que aun le deshonran, y podrá rivalizar con su vecino de Karnak por la grandeza del plan y la belleza de sus disposiciones.

Nuestro grabado representa el interior de la columnata recién descubierta en las márgenes del Nilo.

PRIMERA COMUNIÓN

DE NIÑOS HUÉRFANOS EN EL ASILO

Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA:



UY señor mío: Pocos días ha, el 12 del corriente, día en que la Iglesia celebra la festividad del Sagrado Corazón de Jesús, salimos muy temprano de casa y nos dirigimos á la calle de Claudio Coello, donde se halla situado el Asilo de Huérfanos que lleva aquel título. Íbamos á suscribirnos en aquel día á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que había pasado á ser propiedad del Asilo, y nuestra determinación había de ser recompensada en el acto, pues por este motivo tuvimos ocasión de ser testigos de un acto sublime de nuestra santa Religión.

Al penetrar en el Asilo, nos sorprendió ver porción de distinguidas damas, que recorrían con maternal solicitud el establecimiento, dirigiendo frases de tierno interés á los huérfanos, y que iban y tornaban á la provisional capilla cargadas de tuestos y flores, convirtiéndola en ameno y brillante jardín.

Estaba el altar cubierto también de frescas flores y radiante de luces, y reinaba en aquel recinto una santa paz, una alegría que llenaba de satisfacción el alma de los que por fortuna en él nos hallábamos.

Todo, todo en la casa de la calle de Claudio Coello respiraba gozo y tranquilidad: el potente motor no lanzaba al viento su rugiente respiro, y las gigantes máquinas dejaban reposar sus férreos brazos, y en dormitorios y talleres, en salones, patios y galerías sólo se escuchaban palabras de bendición, de consuelo y entusiasmo..., era que catorce niños huérfanos allí acogidos con cristiano amor, iban por primera vez á ser alimentados con el pan de los ángeles, y que señoras y huérfanos, y hermanos y asistentes y operarios se asociaban con todo su corazón á la alegría de aquellos afortunados niños.

Estos (según nos dijeron) habían sido preparados con católica solicitud por su director espiritual, que en santos ejercicios les había hecho pasar los días anteriores oyendo los buenos consejos de sus superiores, los Hermanos de la doctrina cristiana, y las sabrosas pláticas del ilustrado cura párroco de San Luis.

Llenóse como por encanto y silenciosamente la amplísima capilla provisional, y unísonos todos los corazones, demandábamos al Dios de la misericordia la hubiera para aquellos catorce ángeles, y que les colmara de toda suerte de felicidades espirituales y terrenas.

Solemne fué la función religiosa, y el Sr. D. Carlos Díaz Gujjarro, que quiso terminar bien su buena obra en sentidas y elocuentes frases, hizo ver á los preferidos la grande dicha que les esperaba, el infinito honor que se les iba á dispensar, la importancia del acto que iban á realizar, manifestándose su deseo y el de todas las señoras de que ya el Señor no se apartará jamás de sus puros corazones, siendo siempre Él el móvil de todas sus acciones, el faro de todas sus esperanzas y la meta de todas sus aspiraciones... y las frases de amor, de gratitud y de bondad que, cual de abundosa fuente, brotaban de los labios del elocuente párroco, conmovían hondamente los corazones de todos los que tuvimos la dicha de escucharlas.

Lágrimas de santa alegría bañaban las mejillas de los circunstantes, y al ver acercarse á la santa mesa á los nuevos comensales, llenos de entusiasmo, pero en modesto ademán y especial recogimiento, y al

ver que por divina misericordia el mismo Dios se daba en cuerpo y sangre á aquellos afortunados niños, todos se sintieron transportados por misterioso anhelo y quisieron y pudieron acompañarles en el eucarístico banquete..., siendo tal la impresión que nos causara tan tierno y solemne acto, que bendecimos mil veces la inspiración que nos llevó aquel día á hacer nuestra suscripción á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, pudiendo añadir que fué tan general la emoción, que creímos sorprender lágrimas de entusiasmo hasta en personas que por casualidad presenciaban el acto, y cuyas creencias no son, por desgracia, las nuestras.

Terminado el acto, y después de mil enhorabuenas y de mil caricias á los huérfanos, pasamos todos á la no terminada iglesia, pero cuyas obras continúan á pesar de la carencia de recursos, y allí vimos á los niños tomar un pequeño regalo y donarlo para las obras.

Todos al verla pedían fervorosamente á Dios les concediera la gracia de que su santa casa estuviera terminada para que el año próximo hicieran en ella su primera comunión los que para entonces estuvieran preparados, y se retiraban llenos de esperanza de que Dios les había benévolamente escuchado.

Esta sencilla y patética ceremonia vimos por casualidad, y no queremos que pase este día sin dar las gracias á todos por la benevolencia con que fuimos acogidos, dándonos al par mil y mil enhorabuenas por el acto de amor y de caridad que habían ejercitado; recibían por completo y muy sincera los catorce felices niños que en tal día recibieron por primera vez á Dios Sacramentado, los sacerdotes y Hermanos que les instruyeron, y las nobles señoras que consagran su tiempo, su actividad y sus recursos á acogerlos y educarlos, erigiéndose en sus madres adoptivas: yo, por mi parte, señor Director, puedo asegurarle que el día 12 de Junio de 1885 será uno de los más felices de mi vida, y que no se apartará de mi memoria jamás el solemne acto de la primera comunión de los niños huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.

Queda de usted con la más alta consideración afectísimo seguro servidor

FELIPE GARCÍA CONDE.

BENDICIÓN DE LA NUEVA IGLESIA DE SAN FERNANDO

EN LOS CUATRO CAMINOS.



ONSOLADOR espectáculo presentaba el sitio denominado de los Cuatro Caminos de esta capital el día 5 del corriente. Las alegres campanas del convento de Religiosas Mercenarias de San Fernando llamaban á la oración á los fieles que de todas partes acudían iluminado el semblante con la más pura de las satisfacciones. Era que en aquel momento un ilustre prelado de la Iglesia católica bendecía una nueva casa de Dios, donde las oraciones de las RR. y de los fieles no cesarían de alabarle y bendecirle.

Todos nuestros lectores recordarán, sin duda, que hasta 1868 había en la calle de la Libertad un convento de RR. Mercenarias que, bajo la advocación de San Fernando, fué fundado por una piadosa señora que llevaba el ilustre título de Marquesa de Aguilafuente. Allí durante años y años se había disfrutado de santa paz, y elevábase constantemente plegarias de amor y súplicas de misericordia por cien y cien virtuosas vírgenes que detuvieron quizás más de una vez la cólera divina.

Los primeros atropellos de las casas de religiosas pasaron por la puerta de la casa de la calle de la Libertad, y aunque á ella llamaron, no salvaron sus umbrales. Tranquilas las pobres religiosas, no esperaban ya ser molestadas en su retiro ni privadas de su propiedad; pero Dios, sin duda, para purificarlas más, había dispuesto lo contrario, y un día vieron profanado su templo, y arrojadas de su hogar hubieron de pedir otro á la caridad de sus hermanas las RR. de Góngora. Vieron con horror que aquel humilde templo de amor y de caridad se convertía en antro de anticatólicas predicaciones, y donde sólo se oían cánticos al Señor, se dejaron oír las canciones más livianas y las predicaciones más inmorales; lo que fué iglesia cristiana se convirtió en teatro y sala de luchas políticas.

Con llanto en el corazón, veían las buenas religiosas tales profanaciones, y aceptaban resignadas y aun satisfechas su sacrificio, pidiendo á Dios por sus perseguidores y espoliadores.

Quiso el Señor apiadarse de ellas, y merced á donativos y auxilios de personas piadosas, pudieron adquirir en las afueras de Madrid, allá en la carretera de Francia, en lo que hoy se llama calle de Bravo Murillo, esquina á la de Tizziano, unas humil-

dísimas y mal construídas casas, en las cuales, y merced á la protección de un dignísimo auditor de la Rota cuyo nombre no revelaremos, construyeron un pequeño pabellón de celdas. El resto del edificio, ó mejor, amalgama de edificaciones, estaba en el más deplorable estado, y ni seguridad ni tranquilidad ofrecía.

Un día el venerable Prelado de Avila, á la sazón auxiliar de Toledo, visitó el convento, y admiróse de que en él pudieran vivir las religiosas; aquellos muros desplomados, aquellos tejados descompuestos, aquellos techos grieteados, llenaron de tristeza su corazón, tristeza que aumentó al saber que las pobres RR. carecían de recursos para mejorar su humilde casa, y encargándolas tuvieran fe y rogaran á Dios porque le iluminase, dejó acongojado aquella mansión de paz y de alegría que el día menos pensado pudiera convertirse en miserables ruinas, dejando sin techo y sin hogar á las pobres desterradas de la calle de la Libertad.

Llamó el Prelado á la puerta de la caridad, y no fué desoída su voz; pocos días después, el silencio de la casa de religiosas había cambiado por el ruido de los picos y las azadas y las voces de los obreros, que hacían desaparecer como por ensalmo la parte más ruinosa del edificio, sustituyéndola por otra nueva, y el refectorio, cocina, sala de profundis, una porción de celdas y un pequeño noviciado. Estas obras comenzadas sin un solo céntimo y merced á la abnegación y desprendimiento de todos y especialmente á la munificencia y caridad del insigne arquitecto Sr. D. Francisco de Cubas, á quien tanto deben todas las obras bellas y buenas, estaban satisfechas cinco meses después de construídas.

Mal se avenían el aspecto risueño y de solidez de las nuevas construcciones con el deplorable de las antiguas, y una ilustre Señora concluyó de pagar su obra antigua, añadiendo lo bastante para comenzar otra ala del edificio.

El Sr. Cubas, encargado de las obras, fiado en la divina misericordia, no sólo construyó la segunda ala ó sea la del fondo, sino que confiando en la caridad del pueblo de Madrid, edificó también la opuesta á su primera construcción, y no se fió en vano, pues pocos meses después, la obra estaba pagada, y gracias á un cuantioso donativo de un caballero católico incansable en el bien y espléndido en la caridad, pudo comenzarse la parte anterior del edificio, que hoy gracias á Dios vemos terminada, pero no pagada. Hoy, el convento de la calle de la Libertad se ve renacer en el de la de Bravo Murillo, si no tan amplio en sus jardines y huertas, con tantas ó más comodidades para la comunidad, y al templo hoy convertido en teatro, sustituye otro templo, si no tan amplio, más bello, más alegre y más en consonancia con las necesidades del culto.

Tiene el nuevo convento, como llevamos dicho, satisfechas con holgura todas las necesidades de la comunidad, y quizás no habrá otro en que los servicios estén más bien agrupados.

Existe unido al convento una preciosa escuela de niñas regentadas por las RR., donde sesenta de aquellas reciben la más cristiana y esmerada educación, estando montada con todos los adelantos de la época y dotada con esplendidez en todos los medios de enseñanza, gracias á la inagotable caridad de un Marqués que une su nombre á todas las obras de caridad de España.

Es el pequeño templo de estilo ojival, iluminado por tres grandes ventanales cuya luz velan esmaltadas vidrieras, y en su parte posterior, sobre fondos tallados, pintados y dorados, que ostentan los escudos de la Orden, se ven sostenidas por repisas talladas y coronadas por guardapolvos afligranados, expuestas á la pública veneración, las efigies del Santo Rey Fernando, las del Patriarca San José y la del insigne fundador San Pedro Nolasco.

Es la mesa de altar de roble, ricamente tallada, siendo de madera tallada y dorada el sagrario, tabernáculo y resto del altar, y es tan rico de talla y composición, que parece la realización de un sueño de artista católico: rodean al sagrario grandes tallas doradas, que en armonioso consorcio unen la misteriosa vid y el trigo bendecido, y sobre él se eleva un templete de cinco metros de altura, lleno de calados y tallas alegóricas, en el que se ven las estatuitas doradas de los Santos que más ensalzaron la divina Eucaristía, con ángeles que rinden al Señor tributos de adoración continua, y terminando todo una esbelta y dorada aguja, entre cuyos calados se ve reproducido el escudo de la Orden Mercenaria.

Precioso paño bordado de oro y sedas labrado por la actual poseedora del título de la fundadora sirven de fondo á la riquísima custodia, dón de dos cristianos niños, completando la decoración del altar grandes candelabros de bronce y porción de olorosas flores, que forman un conjunto encantador.

Es el púlpito tallado de madera de aliso y en él campea, así como en la verja de roble del comulgatorio y en el frente del confesonario, la riqueza de ornamentación de la arquitectura española del siglo xv, como podrá ver el lector por el grabado que contiene nuestro número de hoy.

Como dijimos al principio, la bendición se ha verificado de la manera más solemne por el Excelentísimo Sr. Obispo de Tranópolis, preconizado de Salamanca, asistiendo una porción de ilustrados y virtuosos sacerdotes, entre los cuales figuraban el venerable párroco de San Martín, que tanto se ha interesado por la obra que describimos. El Rdo. Padre Alarcón, de la Compañía de Jesús, ha pronunciado la oración sagrada, en que haciendo gala de su grande erudición, pintó á grandes rasgos la historia de la obra, pidiendo al cielo la bendición para cuantos y de cualquier forma y manera contribuyeron á ella. El fervoroso jesuita ha dedicado, como era justo, palabras de gratitud y emoción al Sr. Cubas y los prelados de Avila y preconizado de Salamanca, á quienes se debe esta obra fecunda, tan necesaria en el barrio de los Cuatro caminos.

Por la tarde, el Ilustre Prelado oficiante por la mañana, ocupó la cátedra sagrada edificando y entusiasmando á las distinguidas familias invitadas al acto, por cuyas mejillas vimos deslizarse más de una lágrima de santa alegría.

También nosotros profundamente conmovidos, pedimos sinceramente por aquella pobre comunidad y por sus bienhechores, confiando en que el nuevo templo de San Fernando en los Cuatro caminos ha de ser rico y pródigo jardín donde se siembren y recojan preciosas y abundantes flores de amor y de caridad que ofrezcamos al Señor, en escasisima compensación de los infinitos agravios que diariamente se le infieran.

AURORA

Á MI DISTINGUIDO AMIGO D. M. P. V.

I



HA pasado muchos años desde lo que voy á referir, época larga de decepciones y de amarguras que han dejado en el corazón imperecedera huella. Mas esto no viene al caso, y por lo tanto no debemos hablar de ello, que es falta de crianza y de buena educación hablar de sí mismo á quien no le importa un bledo. Hallábame como empleado en Pontevedra, la antigua ciudad de Teucro, reclinada en un envidiable lecho de flores que acaricia al pasar el caudaloso Lerez, el cual, trasponiendo sus poblados bosques y sus verdes montañas, se convierte en ría y besa sus pies de maga encantadora, transformado, entre el perfume embriagador de sus jardines y la perspectiva encantadora que presenta en lontananza, en un hirviente, inmenso y bullicioso mar. Aquello es digno de verse, como digna de verse es toda Galicia. Parece que la pródiga naturaleza se ha complacido en derramar en aquel rincón de España sus encantos y su hermosura, su esplendidez y su fragancia. Es otra Andalucía que brota de las conchas nacaradas de los mares del Norte, con la diferencia que la perla del Atlántico imprime en sus hábitos y costumbres esa dulce tristeza secular que la domina, que revela en sus cantos populares como en sus tradicionales leyendas, parecidas á las trovas que despiden las melancólicas playas de la Escocia, mientras la comarca andaluza tiene por rico y sin igual patrimonio la gracia y la alegría, además de los maravillosos cuadros de la creación, que con legítimo orgullo ostenta por todas partes.

Yo había ido allí enfermo, y la bella Helenes me volvió á la vida. Amo, pues, á Galicia, no tan sólo como á una deidad cariñosa, sino como un admirador entusiasta y agradecido. Seis años residí en aquel territorio fértil, cruzado por multitud de vegas y hermosos valles, magníficas dehesas y jardines, transparentes ríos y feraz campiña, y donde aun se encuentra la honradez y la caballerosidad, prendas honrosas de pasados tiempos, que se van eclipsando en todos los puntos de esta nación, tan pundonorosa como brava allá cuando la honra y el valor constituían la firme base de su gloria y su fortuna.

Era mi paseo diario el camino de Marín hasta que descubría el mar en toda su extensión; y sentado en uno de los peñascos de la ribera, gozaba contemplando el flujo y el reflujo de las olas y los misteriosos accidentes que mi imaginación me hacía ver en sus espumosos choques contra la playa. Siempre el mar me ha seducido, y mucho más en esos imponentes momentos en que la furiosa tormenta la agita

como un estallido eléctrico á la airada culebra de cascabel. Algunas veces me quedé en Marín, pueblo de pescadores, cuando el cielo vomitaba rayos y centellas, el viento tronchaba los árboles y los truenos conmovían con su horrisono estampido el ancho espacio que cruzaban las gaviotas y las aves de la mar.

En una hermosa mañana del mes de Mayo de 1860 me fuí, después de almorzar, por el camino de Vigo, admirando los paisajes primorosos que á lo lejos descubría y con el corazón lleno del puro entusiasmo que la Naturaleza inspira. Mi mente me abstraía de todo, y con las alas de la idealidad me transportaba á los mundos de la poesía y de lo extraordinario, sin acordarme que iba por la tierra sobre mis pies, que á fuerza de tanto andar llegaron á decirme: ¡alto! dando con mis fantásticas ilusiones en el suelo. Cuando bajé mis ojos de la altura misteriosa en que antes divagaban, me hallé enfrente de tres personas que me miraban con curiosidad y con cariño. Estaba en el Ulló, era día de fiesta y á mi frente llegaba la brisa de la mar. La perspectiva que dominaba no podía ser más encantadora. Un número reducido de casas pobres, la mayor parte diseminadas aquí y allá, próximas á la ribera; y al otro lado del camino, entre frondosos robles y en una verde y pintoresca altura, se descubría la humilde torre de la iglesia, oculta por un bosque de hojas, y mirando adelante, á la derecha, el cuadro que presentaba el mar lamiendo las montañas, cuyas cimas plateaba el sol, y á la izquierda las seductoras pinceladas que ofrecían los accidentes de un terreno verde, florido y montuoso, vistas de pueblos y lugares que se perdían en lontananza entre los plantíos, los árboles y las flores que por todas partes los rodeaban. Yo no me cansaba de admirar tanta belleza. Mejor dicho, cesé de admirarla porque mis ojos se fijaron en otra que tenía más cerca, y que, si he de hablar en confianza, valía mucho más que la que tenía lejos.

Las tres personas que hallé delante, y que me ofrecieron cortésmente el asiento que una de ellas ocupaba, cautivaron mi atención y las saludé con la mayor afabilidad. Eran pescadores y vecinos del Ulló, y estaban limpios sus trajes de fiesta, sobre todo el pintoresco y vistoso de uno de los tres, que, con su corpiño encarnado con adornos de seda negros, su zapatito abierto y su media blanca, parecía la personificación de las beldades que se encuentran en las costas de Galicia. Ya podéis imaginaros que esta linda figura era la modestia y el candor, la hermosura y la bondad. Pocas veces he visto una cosa más acabada como aquella joven, blanca como la nieve y de cabellos y ojos como el azabache. Los dos hombres que la acompañaban, uno era viejo, de cara expresiva y tostada por el sol, que embellecía una sonrisa amable y dulce, mientras el otro era un modelo de la belleza y de la juventud varonil. De la misma edad que su compañera, de ojos grandes y negros que resaltaban sobre el fondo de su semblante, que orlaban como un marco los rizos que pendían de sus cabellos de ébano, cualquiera hubiera dicho que aquellos dos preciosos donceles, si no eran hermanos, estaban destinados á ser uno del otro según las elocuentes miradas que sin cesar se dirigían.

— Por lo que veo — me dijo el anciano marino, — usted no es de este país.

— Lo ha acertado usted. — Pero ¿en qué funda usted esa creencia?

— Señor, venía usted extasiado contemplando todo esto. ¿Es que le gusta á usted?

— Mucho.

— ¿De veras?

— Como usted lo oye. Habrá en el mundo pocos sitios como Galicia.

— Pues, mire usted, no hará un año que oí una expresión como esa á un extranjero, capitán de un buque mercante que arribó á la playa de Vigo.

— En efecto — repuso el joven sonriendo dulcemente — es muy hermoso nuestro país. Así al menos nos lo dicen cuantos vienen á visitarlo.

— ¿Te acuerdas — dijo la hermosa niña — de aquellos ingleses ó alemanes que desembarcaron aquí mismo diciéndonos en chapurrado español que esto era una perla, que por todos lados se descubrían cosas muy bonitas, bonitas no, otra expresión, maravillosas?

— Es verdad, hija mía; aquellos extranjeros iban con sus largos anteojos mirando sorprendidos los diferentes paisajes que en todas partes se presentan.

— Si les parece á ustedes, podemos dar un paseo por el mar en compañía de este señor forastero — dijo con agrado el cariñoso doncel.

— Espera, Domingo, un poco — dijo la niña mostrando sus dientes de perlas. — Doña Isabel no tardará en venir, ¿verdad, padre?

— Así es, y si te tomas el trabajo de mirar hacia



BENDICIÓN DE LA NUEVA IGLESIA DE SAN FERNANDO EN LOS CUATRO CAMINOS (MADRID).

adelante, verás un coche que viene precipitadamente hacia aquí.

Todos nos fijamos en el punto que nos señalaba el viejo; y después de media hora, el coche paró en el sitio donde nos hallábamos, y vi apearse de él una señora que había visto mucho en Pontevedra, pero á quien no trataba.

— ¿Usted por aquí, buen trovador? — me dijo aquella dama, á quien yo había dado la mano para bajar del carruaje

— ¡Señora!

— Le conozco á usted.

— ¿Me conoce usted?

— Mucho. Le he visto á usted en Pontevedra, y leo todo cuanto usted escribe.

— ¿Es decir, señora, que sabe usted ya quién es? — preguntó el viejo marino.

— Ya lo creo.

— Entonces albricias — dijo el gallardo mezo.

— Albricias — repuso el anciano.

En aquel momento, la dama y la pescadora, después de darse un beso y un estrecho abrazo, siguieron por el interior del pueblecillo hacia unas blancas casitas situadas en las riberas del mar.

— Venga usted con nosotros — me dijo el viejo, — que es bastante que le conozca á usted doña Isabel.

— Esa señora — añadió Domingo — es una santa; nosotros le debemos mucho, y no vaya usted á figurarse que es una amistad pasajera y de ayer. Todos nuestros convecinos la quieren y la admiran porque hace por ellos lo que no haría una madre.

— Hoy pasa usted el día aquí — repuso el anciano; — no lo pasará usted bien porque entre pobres pescadores...; pero ¡qué diablo! ya haremos por que usted no se aburra.

No he sentido en mi azarosa existencia tal placer como aquel día. Aquellos corazones generosos y grandes, que con sinceridad me hablaban, me hicieron

tanto bien, que no los olvidaré mientras me dure la vida. Acaso como aquellos seres habrá muchos; pero son como las perlas escondidas en el polvo, y gracias que el rendido caminante encuentre una entre las nubes que envuelven su fatigosa travesía. Su recuerdo me acompaña casi siempre. Es el recuerdo immaculado de sus virtudes. Parecía que la honradez era una cualidad tan común en aquellas familias, que todos eran honrados, afables y sencillos. Fui estimado más de lo que yo valía, y si hubiera tenido riquezas no hubiera pagado con ellas bastante todo lo que por mí hicieron.

Aquella honesta y amable hermosura se llamaba Aurora. ¡Pobrecilla! Su padre, Anselmo, y su novio, Domingo. Los muchachos se querían tanto, que no podían vivir uno sin otro. Juntos nacieron y juntos se criaron, y su boda iba á tener lugar dentro de poco. Si un golpe de azar, tan frecuentes en quien todos los días pone su vida en peligro, venía á agitar el



VISTA INTERIOR DE LA NUEVA IGLESIA DE SAN FERNANDO.
Construida según los planos del arquitecto Sr. de Cubas.

corazón del simpático mancebo, al punto resonaba en el corazón de la doncella. Las alegrías y los dolores, risa y llanto, gozo y pena, conmovían á los dos, así fuera uno de ellos sólo el destinado á sufrir ó á gozar. De esta manera se comprende el verdadero amor; por eso se esperaba que los novios iban á ser muy felices.

A las doce comimos: hubo cordero asado y vino del Ribero: una prodigalidad en aquellas pobres gentes. Doña Isabel apenas probó bocado, pero reía y animaba, y yo les conté una historietta de unos buenos pescadores de allá, del fondo de la Italia, que se querían tanto, que en ninguna parte eran tan felices como en el lugar donde nacieron. Cantaban como dos ruisenores; y un célebre compositor de música que oculto les oyó, les dijo que se fueran con él á Nápoles, donde aprenderían el divino arte, y entrarían en el teatro de la Opera y se harían señores y poderosos. Consultáronse con la mirada y

después se dijeron:—No seremos más felices que lo somos aquí sin cuidados, ni zozobras, ni inquietudes de ninguna clase. Despreciamos el oro y la fama; aquí con poco somos reyes; allí con mucho seremos esclavos.

Agradó sobremanera este cuentecillo á aquellos hijos del mar, que luego prepararon sus botes y nos hicieron dar á Doña Isabel y á mí un delicioso paseo por las cristalinas ondas. Domingo y Aurora iban en uno alegres, llenos de esperanza, rebosando en sus ojos el amor y la pureza, y acompañados de la madre de la novia, porque él no la tenía, y únicamente iba su padre, anciano y bondadoso como Anselmo, que se reía, con la candidez de un justo, de nuestras ocurrencias y jocosos dichos. En el otro bote íbamos doña Isabel, Anselmo y yo, y manejaba la barca el hermano de Aurora, un hermoso chico de catorce años, más alegre que unas Pascuas y más valiente que Churruca.

— Poeta — me dijo doña Isabel, — recoja usted de este paso inspiración.

— Es indudable — le contesté — que la inspiración brota á raudales en estos sitios, mejor que en los lujosos palacios de los grandes; pero me inspira más otra cosa, en la que estaba pensando.

— ¿Puede saberse cuál es?

— Usted, que ha de ser el numen bienhechor que alienta á sus pobres amigos.

— ¡Les debo tanto!

— Yo creí que ellos le debían á usted.

— Si no fuera por ellos, hace muchos años no existiría.

— ¡Cómo, señora!

— Es una historia muy triste.

— ¿Historia de usted?

— Desgraciadamente mía.

— ¿Pero y estos pescadores...?

— No he podido averiguar todavía quién me

salvó del peligro, y á eso se dirigen todas mis investigaciones. Sólo sé que en este pueblo está mi salvador. Le pido á usted su apoyo para que me ayude á descubrirlo.

— Quisiera saber antes...

— Lo sabrá usted todo.

Cuando volvimos de nuestro paseo y nos sentamos la de Redondela y yo á la puerta de la casa, en un momento que quedamos solos me contó el trágico accidente que constituía su existencia dolorosa. Helo aquí, sacado de mi cartera, donde lo bosquejé algunos días más tarde. Doña Isabel había sido muy desgraciada con su marido, uno de esos *dandys* tan cargantes como insufribles, que sólo se casó con ella porque además de hermosa era rica. El tenía un pequeño mayorazgo en Vigo, de donde era natural, y se hacía pasar ante todos como hombre independiente y acaudalado. Mas á los pocos días de casarse, salieron acreedores que era un primor, y no por pequeñas, sino por infinitas y grandes sumas. Doña Isabel quedó aterrada; le preguntó por su mayorazgo, y él, con insolente cinismo, le contestó que era un español poderoso... en acreedores. De modo que la luna de miel de esta infeliz señora se trocó en su nacimiento en luna de acibar abundante. Doña Isabel, que atesoraba un gran corazón y la entereza y energía que infunde la dignidad más acrisolada, satisfizo de su peculio las deudas de su esposo, á quien dijo que en la vida todo el mundo trabajaba para algo, porque no se comprende la existencia sin trabajo, porque el haragán es un sér miserable que se arroja por inútil y nocivo de toda sociedad civilizada, y porque ofende sobremanera á la educación de sus hijos el que no ha sabido ganar honra ni dinero con que aumentar el patrimonio que les dejó sólo su madre. El disipador *dandy* le dijo con acento colérico que buscaría un empleo para vivir él aparte y retirado. Pero ese empleo nunca llegó, y, por lo tanto, él no trató de retirarse. A fuerza de continuos disgustos que muchas veces llegaron hasta á vías de hecho, el amor de ella se fué debilitando hasta el extremo de no cuidarse para nada de su marido; y aunque le señaló una cantidad mensual para sus gastos, esto lo consumía en el juego y en otros vicios de malas consecuencias que hicieron de él un hombre despreciable. Vióse Doña Isabel de nuevo asaltada por los acreedores, y muy próxima á la pobreza, con tres hijos pequeños, á quienes mantenía y educaba, porque el padre nunca tuvo una caricia para ellos, y de entonces nació el expediente de divorcio, apoyado por todas las personas más notables de la provincia. Entonces ella llevó á depositar á Pontevedra sus alhajas, dinero y todos los efectos de algún valor, y un día, al retirarse en su carruaje de la capital á Redondela, no muy lejos del Ulló, fué sorprendida en las primeras horas de la noche por dos enmascarados que ataron al cochero á un árbol y á la pobre doña Isabel la condujeron con la boca tapada hasta las riberas del mar. Allí uno de ellos, sacando un puñal, le dijo:

— Si das el menor grito, te sepulto esta hoja en el corazón.

Doña Isabel recobró al momento su energía y su entereza, y con sonrisa sarcástica pudo contestarle:

— Te conozco, miserable; sólo tengo la pena amarga de que seas el padre de mis hijos. ¿Quieres asesinarme? Concluye de una vez. No te detengas. Yo te desprecio con toda mi alma.

— Necesito diez mil duros para marchar á Nueva York — dijo aquel infame, — y voy á volver á Pontevedra por ellos; firma esta autorización que me concedes para cobrarlos; aquí traigo tintero y pluma, y no te molesto más. Ya ves que es bien poco lo que te pido.

— ¿Y donde está ese poco si todo lo has malgastado? Basta ya. Aun cuando lo tuviera, mis hijos son antes que tú.

— Mira que estoy dispuesto á matarte.

— Mátame, ¿qué me importa? Acaso me hicieras un bien.

— ¿Accedes á lo que pido?

— Nunca.

— Medítalo bien.

— Meditado está.

— Puedes arrepentirte.

— Jamás.

— Firma este papel.

— Lo que hago con ese papel es esto.

Y arrancándolo violentamente de las manos de su marido lo arrojó al mar hecho pedazos.

— ¡Vive Dios! — exclamó éste furioso; vas á ir á recogerlos.

Y precipitándose sobre ella, la lanzó con fuerza al mar, no sin oírse antes un grito desgarrador que estremeció aquellos contornos y retumbó en el espacio. Un tiro se oyó al momento, y una voz fuerte y sonora que gritaba: « ¡A ese! ¡á ese! ¡á asesino! »

Esto era en Octubre: ya hace algunos años; la noche estaba oscura y no pasaba un alma por aquellas silenciosas sendas. Pocos instantes después la gente que cubría la playa se iba arremolinando ante la casa de Aurora. No podían entrar todos, así es que los que estaban detrás preguntaban con anhelo: — ¿Vive? — Sí — respondían. — En esto llegó el carruaje de Doña Isabel, y el cochero, acompañado de Domingo, que fué quien lo descubrió y que era entonces un muchacho. El que la salvó no hay duda que creyó oír á lo lejos un grito doloroso de angustia y corrió de prisa por ver si era tiempo de prestar algún socorro. Oyó oculto la conversación de los dos esposos sin poder evitar la caída de la señora en el agua por la distancia del sitio donde estaba escondido; disparó su pistola contra un hombre que se alejaba con rapidez; y no pudiendo seguirle por salvar á la víctima, se arrojó al mar, descubriendo á poco el cuerpo de doña Isabel, que sin sentido flotaba sobre las ondas. Cuando la vecina de Redondela volvió en sí se encontró acostada en un limpio y humilde lecho, y rodeada de la amable familia de pescadores, cuya amistad tuvo gusto en cultivar desde aquella época. Quiso saber á quién debía la vida sin poderlo nunca conseguir. En vano preguntó á unos y á otros; todos lo ignoraban; nadie daba razón de aquel misterioso sér, que se iba haciendo más grande á los ojos de la infortunada señora, y desde entonces lucha con afán, aunque inútilmente, para descubrirlo. Sólo sabía que era la casa de Aurora donde volvió á la existencia.

Tal es la relación que me hizo la dama, cuyos ojos humedecía el llanto algunas veces, dejando caer la cabeza sobre el pecho; mas pronto fingió animarse, porque vinieron los demás y volvió la risa y la algazara hasta el anochecer que la señora montó en su coche y yo me volví á Pontevedra.

(Se continuará.)

LA ORACIÓN POR TODOS

Imitación de Victor Hugo.

I

Ve á rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo.
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche, y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreón.

¡Mirá! su ruedo de cambiante nácar
El Occidente más y más angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado.
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del día
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
Y los ojos al cielo levantados,
Invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas y los pies desnudos,
Fe en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, á un mismo instante,
Al Padre universal piden amor.

Y luégo dormirán; y en leda tropa
Sobre su cuna volarán ensueños,
Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
Visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento á las bermejas
Bocas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avejilla,
Tal la niñez en su oración sencilla
Adormece su mente virginal.

¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

II

Ve á rezar, hija mía. Y ante todo
Ruega á Dios por tu madre; por aquella
Que te dió el sér, y la mitad más bella
De su existencia ha vinculado en él;
Que en su seno hospedó tu joven alma,
De una llama celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acibar y te dió la miel.

Ruega después por mí. ¡Más que tu madre
Lo necesito yo...! Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
Y devora en silencio su dolor.

A muchos compasión, á nadie envidia
La vi tener en mi fortuna escasa;
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos... ni lo sean
A ti jamás... los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipan la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza á la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo y sé su alevosía;
Y tal vez de mi boca oírás un día
Lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda á los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria,
Y que tal vez la senda que á la gloria
Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataúd.
La tentación seduce; el juicio engaña:
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, á rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste:
« Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres grandeza, eres Bondad. ¡Perdón! »
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oración.

Todo tiende á su fin; á la luz pura
Del sol, la planta; el cervatillo atado,
A la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer;
Y la avejilla en el frondoso valle;
De los nuevos tomillos al aroma;
Y la oración en las alas de paloma
A la morada del Supremo Sér.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,
Que su carga á la orilla del camino
Deposita y se sienta á respirar,
Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso á mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga
Que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz.
Y pura, finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada día,
Arda en sagrado fuego el alma mía,
Como arde el incensario ante la Cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno exprimieron,
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
El favor del cielo implorés;
Por justos y pecadores
Cristo en la Cruz espiró.

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
Y en su dorada librea
Funda insensata altivez;
Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino,
Porque le dejen la hez:

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace aullar el canto obscuro
De nocturna bacanal;
Y por la velada virgen
Que en su solitario lecho
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepulcral:

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y á la aflicción;
Que no da sustento al hambre,
Ni á la desnudez vestido,
Ni da la mano al caído,
Ni da á la injuria perdón;

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo
Buscando el rico despojo,
Ó la venganza cruel;
Y por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
Y en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel:

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena;
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor;
Por la razón que leyendo
En el gran libro, vigila;
Por la razón que vacila,
Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos

Los que penan y trabajan;
Y de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate aún del malvado
Que á Dios blasfemando irrita:
La oración es infinita,
Nada agota su caudal.

IV

Hija, reza también por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba,
Profunda sima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil á mil:
Abismo en que se mezcla polvo á polvo,
Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja
De que al año bosque Abril despoja,
Mezclar las suyas uno y otro Abril.

Arrodilla, arrodillate en la tierra
Donde segada en flor yace mi Lola,
Coronada de angélica aureola,
Do helado duerme cuanto fué mortal;
Donde cautivas almas piden preces
Que las restauren á su sér primero,
Y purguen las reliquias del grosero
Vaso, que las contuvo, terrenal:

Hija, cuando tú duermes, te sonrías,
Y cien apariciones peregrinas
Sacuden retozando tus cortinas;
Travieso enjambre, alegre, volador;
Y otra vez á la luz abres los ojos,
Al mismo tiempo que la aurora hermosa
Abre también sus párpados de rosa,
Y da á la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas...! ¡Si supieras
Qué sueño duermen...! Su almohada es fría,
Duro su lecho: angélica armonía
No regocija nunca su prisión.
No es reposo el sudor que las abruma;
Para su noche no hay albor temprano;
Y la conciencia, velador gusano,
Les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
Hará que gocen pasajero alivio,
Y que de luz celeste un rayo tibio
Logre á su oscura estancia penetrar,
Que el atormentador remordimiento
Una tregua á sus víctimas conceda,
Y del aire, y el agua, y la arboleda,
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo, con pavor secreto
La sombra ves que de los cielos baja,
La nieve que las cumbres amortaja,
Y del ocase el tinte carmesí;
En las quejas del aura y de la fuente,
¿No te parece que una voz retiña,
Una doliente voz que dice: «Niña,
Cuando tú reces, ¿rezarás por mí?»

Es la voz de las almas. Á los muertos
Que oraciones alcanzan, no escarnece
El rebelado arcángel, y florece
Sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ay! á los que yacen olvidados
Cubre perpetuo horror, hierbas extrañas

Ciegan su sepultura: á sus entrañas
Arbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
Huésped seré de la morada oscura,
Y el ruego invocaré de un alma pura,
Que á mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entonces me será que vengas,
Y para mí la eterna paz implorés,
Y en la desnuda losa esparzas flores,
Simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,
Si disipadas fueron una á una
Las que mecieron tu mullida cuna
Esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
Te arrancará una lágrima, un suspiro
Que llegue hasta mi lóbrego retiro
Y haga mi helado polvo rebullir.

ANDRÉS BELLO.

VIDA

DE DOÑA ESTEFANÍA MANRIQUE DE CASTILLA, FUN-
DADORA DE LA CASA PROFESA DE LA COMPAÑÍA DE
JESÚS.

CAPÍTULO V

De su humildad y penitencia.

Pero veamos qué efectos hacían estos favores del esposo en el ánimo de su esposa Doña Estefanía, y cómo ella se sabía aprovechar. Primeramente, causaron en ella una extraña humildad con la que los encubrió con un profundo silencio, sin comunicarios á persona viviente sino á su confesor para ser enseñada y enderezada por él en cosa tan peligrosa y sujeta á muchas ilusiones y engaños. Sólo aquella vision que tuvo cuando se comulgó en Madrid descubrió á una criada suya que tenía por más que hermana y amiga suya, porque estaba presente cuando se comulgó y vió que al tiempo que el Sacerdote se había vuelto con el Santísimo Sacramento el rostro de Doña Estefanía se había alterado, y parecía más colorado que una escarlata, y despues la apretó y conjuró dijese lo que había sido, y ella se lo dijo debajo de promesa que no lo diría á nadie, y así lo hizo, y nunca lo descubrió, hasta que iba al cielo Doña Estefanía, lo declaró al que iba recogiendo las cosas para escribir su vida. Y fué tan grande el secreto que en encubrir sus cosas esta señora guardó, que jamás en su conversacion se oyó de ella palabra, ni suspiro, ni se vió ademán, ni cosa de la cual se pudiese sospechar que pasaban por ella cosas semejantes. Y diciéndole una vez cierta persona confidente suya que porqué no manifestaba los dones que recibía de Dios y los comunicaba á otro para declararlos, y glorificar más á Dios respondió: *mi secreto para mí*, bien diferentemente de lo que hacen otras que se tienen por siervas y favorecidas de Dios con semejantes regalos, y luego los publican, descubren y pintan con color de manifestar la bondad de Dios y acrecentar su gloria y edificar los prójimos, mas realmente la liviandad y vanidad de corazón es la que las mueve á descubrir lo que habían de tener secreto, y el mismo descubrirlo con tanta facilidad es indicio que no es de Dios lo que publican, sino alguna ilusión de Satanás, que se transfigura en ángel de luz; lo cual se puede temer, y más en las revelaciones de cosas ó secretos particulares de lo que fué ó de lo que será, y de otras curiosidades sin provecho; de las cuales estaba muy apartada Doña Estefanía y gozaba interiormente de las visitas y regalos de su esposo para encenderse más en su amor y humillarse y abatirse en el divino acatamiento; porque cierto esta humildad y el conocimiento de su bajeza y vileza que el Señor le dió por medio de la oracion fué admirable.

Teníase por gran pecadora, y así en sus papeles y hablando con Dios se llamaba la pecadora, y la mayor pecadora del mundo. Pero hablando con los otros no usaba de este término, porque era enemiga en su conversacion de cualquier afectacion y singularidad, y creía que cualquier otro pecador fuera más agradecido al Señor que lo era ella, si hubiera recibido de su bendita mano los beneficios y misericordias que ella había recibido. Cuando oía decir que había acaecido algun desastre ó alguna calamidad y azote que Dios enviaba al mundo, se enternecía y temblaba, y decía que Dios enviaba aquel castigo por sus pecados. De este mismo sentimiento y humildad nacía el rigor con que trataba á su cuerpo, y la aspereza y penitencia con que se afligía, y siendo como era un alma purísima, se mortificaba y perseguía como á enemiga, y en sus ojos cualquier pecado venial ó falta ligera era gravísima;

porque aquella luz soberana que por medio de la oracion había ilustrado su alma la hacía conocer su nada, y la majestad infinita de nuestro gran Dios, y el cuidado con que debe ser servido, y que no se puede tener por pequeña falta la que se hace en presencia de tan alta Majestad y suma Bondad, de la cual continuamente recibimos tan grandes mercedes. Y de aquí le nacía un santo enojo contra sí misma, y el querer vengar la injuria hecha á Dios, y tan graves penitencias, y un deseo y ansia de hacer mucho más, porque todas le parecían pocas y ligeras mirando lo que sus culpas marecían, y aunque no sentía movimiento feo en su cuerpo, mas considerando que era mujer, y que lo podía sentir, para estar más segura del caso que tanto aborrecía, y tenerle domado, y sujeto en toda la razon, le trataba muy ásperamente. Porque mientras tuvo salud que fue por espacio de 22 años traía de ordinario entre día y muchas veces dormía con él de noche, un cilicio á modo de basquiña que le llegaba hasta los pies; el cual era tan áspero que tomándole secretamente una criada suya de fuerte complexion y poniéndoselo, no pudo sufrirle más de cuatro ó cinco horas; y quitándosele, no se atrevió más á hacer aquella prueba. Otra tambien de buenas fuerzas se vistió una tarde; vinole un gran dolor; dejóle, y no tuvo ánimo para tornárselo á poner más. Sobre una túnica delgada del hábito de San Francisco traía siempre muy apretado un cordón con unos nudos muy gruesos y dormía siempre con él; de modo que cuando traía cilicio se lastimaba mucho, y cuando no, se le entraban los nudos por el cuerpo.

Las camisás que traía eran de lienzo muy grueso y nunca quiso tener más de dos. Disciplinábale todos los días, ó casi todos con unas disciplinas de siete ramales de hilo de alambre que bastaba para atormentar una persona muy fuerte; y algunas veces con disciplinas de sangre, con abrojos, y tan cruelmente que todo su cuerpo quedaba llagado, y era menester curarla, y el suelo bañado en sangre. El tiempo que estaba acostada era de tres horas y media, y algunas veces de cuatro, y de ordinario se quedaba vestida sobre un colchon, y algunas le alzaba y se echaba sobre las tablas de la cama, que no quería que tuviese ropa alguna. Ayunaba casi toda la vida, porque nunca comía á la mesa de su madre; disimuladamente y á escondidas cambiaba lo que ella había de comer á una pobre que siempre sustentaba. Las Cuaresmas llevaba con gran rigor, comiendo muy poco y lo que más mal le sabía, y nunca dijo que estaba mal sazonado lo que se ponía á la mesa, antes echaba mano de lo más desabrido y más contrario á su gusto; y con tratarse tan ásperamente, y ser Doña Estefanía de complexion noble y delicada, se advirtió que en tantos años no perdió un punto de su buen color y extremada hermosura, ni se le disminuyeron las fuerzas del cuerpo; aunque muy de ordinario padecía dolores de cabeza, como arriba se dijo. Pero el Señor que la movía á hacer tanta penitencia la daba las fuerzas, y conservaba en su ser la color, y la tez del rostro, y hermosura, como lo hizo con la Santa viuda Judith, y con los tres mozos que entraron en el trono de Babilonia, y comiendo legumbres, y bebiendo un poco de agua estaban recios, y parecían más hermosos que todos los otros sus compañeros, que comían regaladamente; que en fin Dios es señor de la naturaleza, y con su gracia esfuerza nuestra flaqueza, y muchas veces el demasiado regalo la corrompe, y la destruye, y la templanza y la sobriedad la conserva y esfuerza, como se ve en muchos Santos penitentes, que vivieron largos años, y en Doña Estefanía, la cual guardó este rigor que habemos dicho estando sana y con fuerzas, y cuando estuvo enferma, aunque tomara lo que precisamente había menester y lo que pedía la enfermedad, siempre era con templanza y dando de mano á todo lo que aparecía regalo, hasta no consentir que se le echase un poco de azúcar en las yerbas desabridas, diciendo que no era menester, y que la hacía mal.

CAPÍTULO VI

De su purificacion interior.

No paraba la penitencia de Doña Estefanía en solo estas cosas exteriores que habemos dicho; pero mucho mayor cuidado ponía en la mortificacion interior de sus gustos y pasiones.

Nunca la pudieron hacer presente á cosa alguna de regocijo ó recreacion, y que saliese al campo á espaciarse en alguna huerta, sino fué algunas muy raras veces á pura importunidad de su hermano y con él, por darle gusto y ganarle para otras cosas mayores del servicio de Dios.

No visitaba á nadie sino á una tia suya muy an-

ciana, y esto muy pocas veces, y las que de ninguna manera podía escusar. Sus visitas eran de su casa á la Iglesia, y de la Iglesia á su Oratorio, porque como ella misma dijo á cierta persona con quien trataba las cosas de su alma, Dios la había hecho merced que no hallaba gusto en cosas de este mundo, y todo su gusto era comunicar con su dulce esposo, y hacer cosas que le agradasen.

Y vino á tanto que el comer, beber y dormir, y servir á las otras necesidades del cuerpo le daba pesadumbre por el gusto natural que sentía en ello, aunque por mandárselo Dios acudía á su cuerpo, y le daba lo que le mandaba; y no contenta con lo que ella hacía, pedía á sus confesores que la mortificasen en cosas que ella no supiese, y contrarias á su gusto; y lo mismo encargaba á una criada íntima suya, á quien había dado la obediencia, y que la mandase cosas ásperas, para más mortificarse y alcanzar perfecta victoria de sí misma.

Pues qué diré de la mortificación que tuvo de la honra y de no querer parecer ser Señora, que es el toque de la piedra para ver si son verdaderamente espirituales algunas Señoras que se tienen por tales? las cuales de buena gana se dan á la oración y obras penales y penitencia, hacen largas limosnas á los pobres, y aun los sirven á las veces en los hospitales con grande ejemplo y edificación; mas en tocando á un pelo de su autoridad, reputación, y grandeza, pierden la paciencia, y muestran lo que son y descubren su vanidad. En esto fue singular y humildísima nuestra Doña Estefanía. No consentía que sus criadas la sirviesen de rodillas; tenía las por compañeras; tratábalas como hermanas; cuando estaban enfermas, ella misma las servía; hacía las camas; barría los aposentos; dábales por su mano de comer con todo el regalo posible; nunca les decía mala palabra; finalmente, era madre piadosa, y no señora imperiosa, y así sin perderla un punto del debido respeto, la servían sus criadas como hijas á su madre, con entrañable amor. Esta misma humildad guardaba con otras señoras y mujeres ordinarias, tratándolas con gran llaneza y honra, aunque ellas no se la hiciesen á ella, conforme á su calidad; porque como tan humilde á todas miraba como dignas de honra, y á sí sola como digna de vituperio. Y por esta consideración habiendo ordenado que todos los años se pusiese en la Iglesia tumba con dos hachas el día en que fué depositado su hermano, mandó que no se pusiese para ella después de su muerte, teniéndose por indigna de cualquier honra, de la cual huía perpetuamente.

Por este conocimiento era muy enemiga de cualquier alabanza, en tanto grado, que cuando alguna persona por descuido ó por otra vía le decía palabras en honor suyo, se paraba colorada como si dijera cosa contra su virginal pureza.

Y por la misma causa puso tanto estudio en encubrir todas las cosas que hacía de virtud, y en que no se le escapase alguna palabra ó ademán, del cual se pudiese entender lo que hacía, ó las mercedes que recibía de Dios.

Esta misma humildad nacía también el no querer admitir particularidad alguna que no fuese muy necesaria. Oía Misa en una Capilla, de la cual gozaba de las Misas del Altar mayor, y con poder allí comulgar á solas, ó con otras señoras, se iba al Altar mayor á comulgar entre las demás, y nunca quiso se la diese lavatorio en vaso aparte; y si alguna vez le era forzoso comulgar en la Capilla, le pesaba mucho porque no comulgaba entre la gente común.

También su vestido era pobre, y oía á humildad; porque aunque en el tiempo que vivía su madre, por no darla pena, que la recibía grande, traía traje de doncella; pero era el más moderado que en aquel estado y calidad de su persona podía traer; y en muriendo su madre se puso tocas de religiosa, de lienzo muy ordinario, y el mongil y manto de anascote, los cuales muchas veces traía rotos, y no quería hacer otros nuevos, hasta que no se podían traer más; y á veces por no gastar para sí un jubon le pedía prestado á una criada mientras le remendaban el suyo; y después de haber heredado hizo un faldellín para sí de cosa que no le costó más que á 2 $\frac{1}{2}$ rs. la vara; porque con ser liberalísima con los otros, y manirota con los criados pobres y personas necesitadas, era muy corta y escasa para consigo misma, no queriendo admitir sino lo que juzgaba que precisamente era necesario, por tener á los otros por dignos y á sí por indigna de que con ella se gastase cosa alguna. Y así cuando heredó á su hermano, quedando con 8.000 ducados de renta, dijo á una persona muy íntima que aquella hacienda no la tenía por suya, y que así no gastaría de ella en su persona más de lo que no pudiese escusar; y que todo lo demás lo emplearía en el servicio de Dios, y como lo dijo así lo hizo, con gran entereza y vigor.

No fué menor muestra y afecto de su humildad y agradecimiento que esta Señora tuvo de cualquier cosa que se hiciese por ella; porque como ella era tan humilde, y se tenía por indigna de cualquier honra, servicio, ó buen tratamiento que se la hiciese, agradecíalo por extremo; hasta á sus mismas criadas, que por tantos respetos estaban obligadas á servirla, les agradecía el servicio que la hacían, como si no fueran sus criadas y la sirvieran de balde.

(Se continuará.)

POLVOS Y LODOS

Leyenda original

DEL PADRE LUIS COLOMA, S. J.

... y si mi hijo se empeña en no seguir una carrera, le obligaré á aprender un oficio; porque no quiero que la ociosidad corrompa su juventud, y quiero dejarle un medio seguro de ganarse honradamente la vida. Hoy soy rico; pero ¿quién sabe si lo será el mañana...?

(Carta escrita al autor por un padre de familia.)



A primera vez que vi á Manolo H** era yo muy niño: aun no contaba doce años, y me hallaba á la sazón huésped en casa de mi amigo Fernando, el más querido de mis compañeros de colegio. Tenía Fernando un hermano mayor, grande amigo de Manolo, y quiso un día llevarnos al magnífico *château* en que éste habitaba, para ver un soberbio león del Sahara, que habían encerrado vivo en una gruta natural de su delicioso parque. Cuando llegamos á la lindísima explanada á que el *château* daba frente, vimos detenidos ante la escalinata de mármol que daba entrada al torreón del Norte, varios carruajes, entre los que llamó mi atención una preciosa *cesta*, tirada por cuatro jaquitas enanas, con arreos á la calesera, azules y plata.

—¡Ahí está Currito Pencas! exclamó Fernando al verla; y batiendo las palmas de alegría, se tiró del coche de un solo salto.

Preguntéle entonces quién era Currito Pencas, y me dijo que un famoso torero, grande amigo de su hermano y de Manolo, que dirigía el club-tauromáquico de que ambos formaban parte.

—Y hoy van al cortijo de la Picota á escoger el ganado para la corrida del jueves, añadió sin tomar resuello... Mi hermano mata y Manolo pone banderillas... Yo no hago nada porque soy chico; pero cuando sea grande, pondré también banderillas, y no seré como ese tonto de Manolo, que nunca sale del *cuarteo*: yo daré también el *quebro*... Y mira, ya me estoy dejando la coleta.

Y al decir esto me mostraba un rabito de pelo, rubio como el oro, que atado con un hilo asomaba bajo el terciopelo de su gorrita escocesa. Yo comencé á reír y le tiré del rabito.

—¡Estate quieto! me dijo; que se va á enterar mi hermano. Y pasando cariñosamente su brazo por mi cuello, me preguntaba mientras subíamos abrazados la escalinata de mármol:

—¿Y tú no quieres ser torero?

—No, respondí yo gravemente. Quiero ser marino.

—¡Tonto! exclamó Fernando, rechazándome lejos de sí; nunca tendrás entonces un coche y unas jaquitas como las de Currito Pencas...!

Yo me encogí de hombros y seguí en pos del hermano de mi amigo, que atravesando varios pasillos y una sala de billar, nos condujo á la estancia en que se hallaba Manolo. Era ésta una gran pieza rectangular, tapizada toda de rico cuero de Córdoba, con zócalo y artonado de roble tallado: ocupaban los cuatro ángulos otras tantas armaduras completas, árabe la una con capicete ceñido por un turbante blanco, otra de Milán con adornos ricamente damasquinados y cincelados, y otras dos de mallas, del siglo XIII. En las paredes laterales había otras cuatro panoplias también antiguas, y sobre las dos grandes mamparas de cuero que daban entrada á la pieza, se veían los retratos de un caballero con tabardo oscuro y la insignia de Clavero mayor de Calatrava al cuello, y el de una dama de edad madura, con el severo traje blanco y negro de las viudas del siglo XVIII: tenía ésta á los pies una caja de ricas joyas, y constaba en una inscripción esculpida en el marco, que las había cedido para fundar un hospital en 1630. Componían el resto del mueblaje una sillera de roble tallado, una mesa también de roble con pies de tijera, cuya tapa la formaba una enorme tabla de una sola pieza, admiración de cuantos la veían, y dos de esos armarios del siglo XVI, primorosamente tallados é incrustados, que remataban en el escudo de armas de la casa de Manolo. Pero sobre aquel fondo de antigua

y severa magnificencia, había amontonado Manolo, el elegante de nuestra época, cuantos objetos pueden dar de sí las aficiones inconstantes, los caprichos de la moda, y las extravagancias de gustos pasajeros. Vefanse diseminados por donde quiera, no con ese bello desorden hijo del buen gusto artístico sino con ese otro desorden hijo del despilfarro y de un carácter caprichoso en que la obra sigue siempre al deseo, sin dar tiempo á la reflexión, bronce, porcelanas, armas y arreos de caza, floretes, pipas de todos géneros, fustas, látigos, instrumentos de música, cromos, acuarelas, fotografías de cantantes famosas y de escandalosas celebridades femeninas, y otros mil objetos artísticos ó extravagantes, esparcidos todos por las paredes, sobre los muebles, en *dagères* colocados sin gusto ni concierto, y hasta arrojados por los rincones. Formaban en uno de ellos un extraño trofeo, varios estoches de matar y algunas lujosas banderillas, con una cabeza de toro en el centro, disecada y con ambos cuernos dorados. La armadura de Milán tenía terciado un capote de toreo de raso encarnado; asomaba un cigarro puro por la visera de la celada, y parecía apoyarse en una garrocha de derribar vacas, que había mandado hacer Manolo con el asta de la lanza de uno de sus abuelos, muerto en Aljubarrota. A los pies de la dama del siglo XVII estaba el retrato de una bailarina francesa, llamada por sus admiradores *la hija del aire*; y por debajo de éste, encerrado en un rico marco dorado y en el centro de una corona de laurel de plata, había un zapato de raso blanco, reliquia de aquella notabilidad pedestre, á quien llamaba Manolo — ¡á los veinte y dos años! — la última ilusión de su vida.

Una cosa llamó también mi atención de niño: sobre el escudo de armas en que remataba uno de los armarios del siglo XVI, y cubriendo aquella gloriosa cimera que adornó la misma Isabel la Católica con una corona condal, había colocado Manolo, el descendiente de aquella raza de héroes, una montera de torero...!!

No sé si era esto casualidad ó era alegoría; es lo cierto que aquel pobre Manolo no añadió nunca á los timbres de su casa otra empresa que la de aquella montera, desconocida hasta entonces en la heraldica.

Cuando nosotros entramos, Currito Pencas, sentado á horcajadas en una lindísima silla de estilo Luis XV, que decían haber pertenecido al tocador de la Dubarry y había comprado Manolo en Londres á precio exorbitante, tenía la palabra, y contaba á su auditorio su viaje á París para dar una corrida de toros, y el *disgustillo* que, según él, había tenido con Napoleón III, que ocupaba la presidencia. Era un hombre de unos cuarenta años, cuyas formas parecían modeladas por el cincel de Fidias: su rostro tenía esa vulgar corrección que se nota en los tipos hermosos de la plebe, no obstante de reflejarse en toda su persona cierta gracia, cierta gallardía no exenta de dignidad, que le hacían simpático á primera vista. Vestía una chupa de terciopelo morado muy oscuro, y un chaleco bajo de lo mismo, que dejaba asomar la camisa ricamente bordada, y cerrada con botonadura de gruesos brillantes: una faja de seda de vivos colores ceñía su cintura, y caía sobre ella una leontina de oro de grosor enorme, que bien hubiera podido costar media talega de duros.

Manolo estaba á su derecha, sentado en la mesa de roble, y rodeábanlos, unos de pie y otros sentados, hasta diez ó doce jóvenes, *crème* de los salones de la corte, al mismo tiempo que *mojitos cruos* del club tauromáquico.

—¡Sigue, Currito, sigue! exclamó Manolo, invítándole á reanudar su narración, interrumpida un momento á nuestra llegada.

—Pues náa, prosiguió Currito: tóo fué que ese Napoleón no tiene ni los diez y nueve reales cabales...! Ya me tenía hasta la moña con que si la corría ha de ser hoy, si ha de ser mañana, y yo mientras tanto aburrí en aquel París de Francia, too el día *olivares* (boulevards) arriba, *olivares* abajo, con más frío que un perro chino, porque se levantaba á las noches un fresquete, que le hacía á uno tiritar en francés. Llegó por fin el día de la corría, y aquello fué pa morir de risa, caballeros...! Parecía la plaza un tarrito de pomáa, y á poco más hasta los triperos me salen con guantes. En fin, caballeros, cuando salió el primer toro tocaron un *vigilín*...!

Aquí estalló una explosión general de risas y palmadas, á que puso fin Currito Pencas continuando:

—Maté el primer bicho con un volapié, que si lo llevo á dá en Sevilla... ¡caballeros! se junde Triana, y las campanas de la Giralda repican solas...! Pero

1 Para comodidad del lector, conservamos en lo posible, en las palabras de este personaje, la ortografía que corresponde al lenguaje del pueblo bajo de Sevilla.

en aquella tierra nadie entiende la afición; y sin que sonara un aplauso atravesé el redondé con los trastos en la mano, para hacerle la venera al palco imperiá. Allí estaba el señó Napoleón, más tieso que una estaca, y la Emperatrí, y el Príncipe imperiá, y una piara de Monsieures y Madamas, tan secos y tan *filimicupistis*, que no parece sino que se mantienen con obleas por no engordar. La Emperatrí hizo una seña, y me mandaron subir al palco. El Napoleón se puso entonces los espejuelos, me miró de arriba abajo — ¡caballeros...! ni que hubiera entrao el gato de casa! — me volvió la espalda, y se puso á platicá con una vieja que trafa en la cabeza una á modo de papalina blanca, y en la mano un soplaó de plumas, en vez del abanico de las jembras de acá. — ¿De qué campanario se habrá escapao esta lechuza? — me dije yo, que en cuanto le eché el ojo le tomé tirria. Y aluego supe que era la duquesa de la *Mota* (La Motte)... como quien dice, de los cuatro ochavos.

Aquel desprecio me irritó; porque le acababa de brindá el toro en francés, y...

— ¿En francés...? exclamaron varias voces. ¿Y cómo dijiste...? Cuenta, Currito, cuenta.

— Pues le dije mu serio: — «Brindo por *bú* (vous), y por la mujer del *bú*, y por el *bucesito* chico.»

De nuevo estallaron las carcajadas, y de nuevo las hizo cesar Currito continuando:

— La Emperatrí, al fin como española que es, estuvo mu campechana. Me dijo que me había visto toreá en Granaa, allá en años témporas, y me encargó que guardara bien el cuerpo, no fuera á haber alguna desgracia. Y en esto salta la vieja del soplaó, y me dice con una cara de mírame y no me toques:

— Perro usted sangrrra mucho al torro...!

— Pues si no quiere usted que lo sangre, le dije yo, mándele al Meico y que lo mate con la *mepatia*... Yo no sé si me entendió, que yo bien recio se lo dije; pero es lo cierto que á la Emperatrí le entró tal risa, que hasta tos le vino.

Pues vamos á que mientras la madre refa y el padre platicaba, se viene á mí el Napoleón chiquetito, me coge por las borlitas de la chupa, y en español construío me dice al oído:

— ¿Tú me quierres dar á mí ese traje bonito...?

— Pues ¿no he de querer, prenda...? Esta misma noche lo tienes en tu casa; le dije yo con el alma. Porque tenía aquella criaturita una carita de ángel, que parecía una mosqueta.

Y así fué: que aquella misma noche se lo mandé con dos chicos de la cuadrilla á las Tullerías, con un carté de letra mu fina que decía:

Al Príncipe imperial, Currito Pencas.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Imitación de maderas. — La industria moderna, según sabemos, ha resuelto el gran problema de convertirlo todo en objeto de arte al alcance de todas las fortunas. Y con tal éxito, que muchas veces se equivocan los inteligentes al calificar las porcelanas, el marfil, la concha, el ébano y otros materiales cuando los someten á un examen exterior, como asimismo no suelen tampoco apreciar bien el cómo puede hacerse un rico mueble recargado de adornos á bajo precio ante el hábil engaño de los sobrepuestos, que se fijan ya de un modo que no es posible reconocer las pegaduras ni las mil astucias que realizan los fabricantes modernos, aprovechando estos instantes en que las familias modestas, en su aspiración desapoderada del lujo, le ven á su alcance á un precio que, si bien bastante bajo para satisfacer su deseo, es sin embargo harto caro para comprometer la vida económica de las clases medias.

Pero dejando esto aparte, pues nos llevaría demasiado lejos de nuestros propósitos, vengamos al asunto que nos proponemos, es decir, la imitación de las maderas principales.

Imitación del ébano. — Existen multitud de procedimientos:

1.º Bñese la madera en una disolución de acetato de hierro en vinagre, y después, alternativamente, se dan varias capas con dicha composición y la siguiente:

Nuez de agallas quebrantadas.....	30 gramos.
Madera de campeche.....	8 —
Cardenillo.....	4 —
Sulfato de hierro.....	2 —
Agua.....	2 litros.

Estas materias se hierven reunidas y se filtra después el líquido.

2.º El palo de campeche, hervido en agua, produce un tinte que, añadiéndole un poco de alumbre y dado con pincel, produce un hermoso tono violeta sobre las maderas, como preparación á otro procedimiento de imitar el ébano. En seguida se ponen limaduras de hierro en vinagre, y á fuego lento se procura una disolución, á la que se añade un poco de sal marina. Después, con otro pincel, se extiende sobre la primera imprimación de campeche este nuevo color, y á las pocas manos resulta un matiz negro muy intenso.

3.º Se hace hervir 8 onzas de palo de campeche en 4 litros y medio de agua durante media hora, añadiendo después media onza de caparrosa. A las pocas manos de este color resulta la imitación de ébano. Al barnizar debe añadirse un poco de color al barniz para que no resulte un tono pardusco de mal efecto.

Imitación del nogal. — El mismo pino toma el aspecto de esta madera sin más que calentarla; y bien seca, extender sobre ella un par de manos de una solución acuosa de extracto de corteza de nueces. Antes de que se seque la última mano se frota la madera con una muñeca de trapo empapado en una solución caliente de 10 gramos de bicromato de potasa disueltos en 50 de agua hirviendo. Después se pulimenta la madera, consiguiéndose una buena imitación del nogal.

Imitación de la caoba. — Hay tres clases de esta madera, á saber: *caoba clara con vivos dorados*, *caoba roja clara* y *caoba roja oscura*. La primera se imita con la infusión de palo del Brasil, tratándose de imitar caoba sobre el sicomoro y el arce común, y aun se usa la infusión de *rubia* sobre el mismo sicomoro y el tilo. La segunda imitación se consigue sobre el nogal con la infusión de palo del Brasil, y sobre el sicomoro con la de achote y potasa. Y la tercera se logra con la decocción de palo del Brasil y *rubia* sobre la acacia y chopo, con disolución de gutagamba sobre el castaño viejo, y con disolución de azafrán sobre el castaño nuevo.

Imitación del palo santo. — Sobre el plátano con infusión de *rubia*, y sobre el sicomoro y el tilo con un baño de acetato.

Acción de los ácidos sobre las maderas. — El ácido nítrico ó el piroleñoso, lo mismo que cualquier otro, las trasmite un color amarillento sucio que, oscureciéndose más y más, concluye por volverse negro al cabo de cierto tiempo, tanto más corto, cuanto más enérgico sea el ácido ó mayor haya sido la imprimación.

Las verrugas del fresno, arce, aliso y boj adquieren, bajo la acción de los ácidos, tonos muy bonitos, haciendo resaltar sus variadas labores de un modo muy agradable. Basta para ello emplear el vinagre fuerte ó el ácido nítrico débil; sobre todo, las verrugas del aliso y el fresno adquieren unos tonos verdosos verdaderamente admirables.

Las maderas que mejor se dejan teñir de negro por los ácidos son el peral, espino de majuelo, acebo, nogal, cerezo etc., en el orden que quedan expuestas.

Madera con apariencia metálica. — En Inglaterra se usa bastante para conservar la madera y darle aspecto metálico el procedimiento Rubennick, que consiste en sumergirle durante dos ó tres días en una disolución de potasa cáustica á una temperatura de 164 grados Fahrenheit, introduciéndola luego en un baño con una disolución de sulfato de cal, añadiendo á las veinticuatro ó treinta y seis horas una disolución sulfurosa concentrada. Luego se somete la madera, por espacio de treinta horas á la acción de un baño de acetato de plomo á la temperatura de 100 grados Fahrenheit, y después de seca y frotada con una plancha de plomo ó de zinc, presenta la madera la apariencia y brillo metálico.

MISCELÁNEA

Recomendamos á nuestros amigos — porque LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA no tiene suscritores, sino amigos — la Rifa del Asilo, establecida este año, como en el anterior, en los solares de la calle de Sevilla.

Este recurso de la caridad ha servido ya para proseguir con nuevos bríos la obra de la iglesia, que es la parte que va más atrasada en el edificio; pero actualmente escasean tanto los recursos, que se necesita de nuevo el concurso de las personas caritativas para que no hayan de suspenderse los trabajos. Por medio de la Rifa todo el mundo puede cooperar á la obra, unos enviando lotes, otros pidiendo papeletas.

Gracias á Dios, los lotes reunidos son muchos y

algunos de singular mérito; pero los lotes necesitan, para producir fruto, que haya muchos que tomen papeletas. Las hay de un real, de dos, de cuatro, de veinte y de cinco duros. Las de estas dos últimas clases todas están premiadas.

Y, hablando cristianamente, lo están todas, porque en esta Rifa no hay papeletas en blanco; las no premiadas con lote material, llevan consignado el premio en esta cifra de un valor infinito: *Caridad*.

En el estudio del Sr. D. Eduardo Balaca, hemos tenido el gusto de admirar el bellissimo cuadro alegórico de la *Filosofía*, que este cristiano artista regala al Ateneo de Madrid.

La Filosofía está representada en una noble matrona, que descansa sobre el pedestal de la verdad evangélica, y vuelve la espalda á las tinieblas del gentilismo, sentado en sombras de muerte.

Es un cuadro bien pensado, bien hecho y digno en todos conceptos de un pintor español y, por consiguiente, cristiano.

Felicitemos á su autor, que sabe conservar con la gloria de su apellido la del arte que generosamente cultiva.

En el número próximo publicaremos, Dios mediante, una vista de la ceremonia verificada el día 17 de los corrientes en el final de la calle de Goya, frente á la Plaza de Toros, para colocar la primera piedra de la iglesia-convento de monjas y escuelas que, bajo la advocación del Beato Alonso de Orozco, se ha de erigir allí por medio de una suscripción piadosa y de las limosnas que proporcione la caridad del pueblo madrileño.

El acto, á que asistió la Corte, fué solemnísimos, habiendo bendecido la piedra el Rdm. Obispo preconizado de Salamanca, P. Cámara, á quien cabe la gloria de haber iniciado la empresa.

Por más que los estudios estadísticos relativos á la población están sujetos á graves equivocaciones, merecen conocerse, como datos curiosos, los cálculos relativos á la del mundo, publicados por una revista inglesa. Según ellos el número de habitantes de las cinco partes del mundo sube á unos 14.000.000.000, de los cuales, sobre 369.000.000 pertenecen á la raza caucásica, 552.000.000 á la mongólica, 205.000.000 á la etiópica, 1.000.000 á la americana y 176.000.000 á la malaya. Estas diferentes razas hablan 3.642 lenguas, y profesan 1.000 religiones diversas. Mueren al año más de 33.000.000, ó lo que es igual, 90.000 diarios, 3.750 por hora, 60 por minuto ó 1 por segundo; por consiguiente, cada pulsación decreta la muerte de un sér humano. Los nacimientos muestran un exceso sobre las muertes. El término medio de la vida del hombre es 33 años. La cuarta parte de la humanidad muere á los 7 años de edad; la mitad no llega á los 17. De cada 100.000, sólo uno llega hasta los 100 años; de cada 5.000, sólo uno llega á los 90; de cada 1.000, sólo uno alcanza los 70. De cada 1.000, se casan 65, siendo Junio y Diciembre los meses en que ocurren más casamientos. Los niños nacidos en la primavera son más fuertes que los que nacen en otras estaciones del año. Las muertes y los nacimientos ocurren frecuentemente de noche. Influye mucho en la duración de la vida la profesión ú oficio que ejerce el hombre; así, pues, de cada 1.000 clérigos, 42 llegan á los 70 años de edad; de los agricultores, 40; de los comerciantes y mecánicos, 33; abogados y profesores, 27; médicos, 24.

En cuanto á la población de España y de sus posesiones en el Norte de África tomamos las siguientes notas del tomo II del Censo, que acaba de publicar la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico.

La clasificación por profesiones encierra noticias por demás dignas de estudio.

El profesorado lo ejercen 23.892 varones y 10.974 hembras.

Al comercio se dedican de 114 á 113.000 varones y 21.685 hembras.

Los dedicados á la Medicina y profesiones auxiliares son 17.026 varones y 727 hembras.

La propiedad territorial, agricultura, ganadería é industrias derivadas, ocupan en España á más de 4.000.000 de hombres y cerca de 1.000.000 de mujeres.

En los espectáculos públicos se hallan colocados 1.197 varones y 807 hembras.

A la marina se hallan dedicados 91.407 hombres y 479 mujeres.

En la carretería y arriería tienen ocupación 68.752 varones y 47 hembras.

Se dedican á las bellas artes é industrias artísticas 17.386 hombres y 103 mujeres.

En la carrera de farmacia figuran 6.268 y en la de veterinaria 10.207. Se cuentan 5.414 arquitectos é

ingenieros y 7.833 de la carrera judicial y curiales.

Al culto católico se dedican 48.211 varones y 28.890 hembras.

Los empleados públicos figuran en número de 91.000, de los que 5.037 son mujeres.

En el ejército y la marina prestan servicio activo 156.795, y figuran como retirados 7.218.

En las clases pasivas figuran 9.478 varones y 4.616 hembras.

El número de personas que aparecen dedicadas á las artes y oficios, es próximamente 700.000.

Sin profesión conocida y sin clasificar, hay cerca de 3.000.000 de varones y 7.000.000 de hembras.

Tocante á los españoles defectuosos, había en 1877, 24.608 ciegos, 7.629 sordo-mudos, 73.988 lisiados, 8.274 dementes y 9.093 idiotas.

En todas estas partidas el nombre de varones excede con mucho al de mujeres.

Se acaba de inaugurar en Prusia un nuevo camino

eléctrico entre las ciudades de Sachsenhausen y Ofembach, sobre una distancia de 6.650 metros. A pesar de esta longitud, más considerable que las de las otras líneas construídas hasta aquí, y á pesar de las pendientes y curvas bastante fuertes, se hace la tracción de una mañera regular.

La estación central que produce la electricidad comprende un motor de vapor de 250 caballos y cuatro dinamos Siemens. Por ahora bastan dos dinamos para las necesidades del servicio, que se hace desde las seis de la mañana á las once de la noche, á razón de dos salidas por hora en cada extremo de la línea. El precio del viaje es de 20 pfennigs.

Los trenes se componen de dos carruajes, llevando cada uno 30 viajeros. La línea sirve doce estaciones, y el trayecto se hace en 25 minutos, comprendiendo en este tiempo las paradas, ó sea á razón de 15 kilómetros por hora.

Según el relato que un viajero publica en la *Gaceta Geográfica* de Francia, en Chile hay cataratas más notables que las del Niágara: son las de la Laja. Es un gran río que se despeña en un abismo de sesenta y seis metros de profundidad, la altura de las torres de Nuestra Señora de París, y veinte metros más que el Niágara, con el ruido más espantoso que puede imaginarse.

La catarata se divide en dos partes, dos sábanas inmensas que se hunden constantemente en el abismo sin que nada pueda detenerlas.

El espectáculo es incomparable. En el fondo del cuadro, las cordilleras escalonadas hasta perderse de vista y cubiertas de su blanco sudario; en medio de ellas, el volcán siempre activo, y por todas partes la voz terrible de la cascada, donde aparecen todos los colores del prisma solar.

Las maravillas de la Naturaleza reflejan la gloria de Dios.

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS EN EGIPTO.



ESTADO ACTUAL DE LAS EXCAVACIONES DE LOUXOR, DIRIGIDAS POR MR. MASPÉRO.

En las páginas de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA están recogidas cuantas opiniones y consejos se han dado por los médicos más famosos acerca del cólera.

Para completar este saludable catálogo publicamos á continuación y como asunto de gran actualidad, las instrucciones de higiene privada redactadas por la Academia de Medicina y el Consejo de Sanidad reunidos. Dicen así en extracto.

1.^a Se recomienda la tranquilidad de espíritu, y se dice que la ciencia siempre triunfa cuando se acude á tiempo.

2.^a Se interesa que los que piensen emigrar lo hagan pronto y no vuelvan hasta que hayan terminado los efectos del mal.

3.^a Se recomienda la higiene personal y se aconseja la consulta con los médicos sobre la alimentación.

Agua hervida y aireada para beber.
Alimentos sometidos á altas temperaturas.
Limpieza, ventilación y desinfección de estancias con agua clorurada.

Preferencia de los cuartos blanqueados y estucados sobre los que tienen papel.

Aspersiones de agua fenicada por las paredes y suelos.

Gas ácido sulfúrico producido por la combustión de azufre, y vapores hiponítricos por la acción del agua fuerte sobre una moneda de cobre, ó el gas cloro que se desprende del cloruro de cal.

Las habitaciones se desinfectan con estas sustan-

cias, y hasta después de ventiladas y de algunas horas no se debe penetrar en ellas.

4.^a Desinfección de retretes.
5.^a Desinfección de los vasos de noche con soluciones de agua y sulfato de zinc, cobre ó hierro.

Para los urinarios ácido clorhídrico, sobre todo en los cafés, casinos, etc., etc.

6.^a En las escuelas y talleres separar en seguida á los que se sientan malos.

7.^a Lavar las mesas de los mercados con agua fenicada y cloruro de cal.

8.^a Disolución de permanganato de potasio para mezclar con las sustancias fecales.

9.^a Desinfectar enérgicamente ó quemar si se puede las ropas de los coléricos.

10. Desinfectar los cadáveres y trasladarlos inmediatamente á los depósitos de los cementerios.

11. Colocar sulfato de hierro en las vasijas en que se reciban los vómitos de los coléricos.

En Madrid va aumentando considerablemente el número de suscritores al servicio telefónico. En la actualidad asciende á 200; pero es de esperar que se multiplique con la rebaja de precios. Hasta ahora el coste por año ha sido de 600 pesetas. Desde 1.^o de Julio será de 400 pesetas.

He aquí los precios actuales en varias capitales de Europa:

	Pesetas.
En Odessa.....	625
En París.....	600
En Londres.....	500
En Austria.....	De 225 á 375
En Alemania, por línea de 2 kilómetros, con aumento de 62 pesetas por kilómetro de más.....	250
En Italia, según las ciudades.....	De 115 á 175
En Noruega, según las distancias.....	De 100 á 200
En Holanda.....	250
En Portugal, para los comerciantes.....	375
Id. id. particulares.....	175
En Suecia.....	De 160 á 270
En Suiza.....	De 100 á 250

ADVERTENCIA

Rogamos á nuestros suscritores, cuya suscripción termina en este mes, se sirvan renovar ó dar aviso de la renovación lo antes posible para que no sufran retraso en el recibo de los números.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.